

CAPÍTULO IV.

Los amores de Virgilio.

Mientras que Inés arrastrada por los celos y olvidándose de su posición y de su reciente viudez corria como una insensata á esconderse en casa de Clavellina, por sorprender su entrevista de despedida con Virgilio, este se hallaba cenando muy tranquilamente en compañía de sus huéspedes Horacio y su padre y de algunos amigos que habian ido á despedirle. Serian las nueve cuando terminada la cena se fueron todos retirando para dejar á los viajeros, que debian madrugar y entregarse al descanso; y Virgilio despues de acompañar hasta su aposento á Horacio y á Mr. Marchand, se retiró al suyo no con ánimo de acostarse sino con el de tomar una capa que echó sobre sus hombros distraidamente. Luego llamó á su criado para prevenirle de su salida nocturna, y encaminándose á la puerta prin-

cipal de la casa, se dispuso á franquearla.

El criado abrió ofreciéndose para acompañarle; pero Virgilio se empeñó en ir solo, encargándole mucho que estuviera listo para cuando volviera, que no le hiciera esperar, abriendo la puerta á una señal convenida.

Se embozó en la capa internándose en la calle de olmos, que formando una pendiente bastante elevada, conducia hasta el valle, y poco despues se detenia delante de la casa de Clavellina.

La jóven acababa de llegar, habia despedido al muchacho dándole medio pan y un puñado de nueces para que cenase, y se encerró creyéndose, como de ordinario, completamente sola en su casita. Al despedir al chico le habia rogado llevase á Leal, su cena, pues el fiel perro estaba de guardian en el establo, vigilando las cabras y la vaquilla que constituian el único patrimonio de la pobre niña. Hízolo así el muchacho encaminándose luego á Villacierzo que, como saben nuestros lectores, distaba unos cien pasos de allí. Clavellina se quedó murmurando:

—Dicen que han visto algunos gitanos por el pueblo al anochecer, y como están caidas las tapias del corral, tengo miedo no me roben algun animalito; por fortuna Leal es

un perro de brios y sabrá defender mi pequeño rebaño.

Algo tranquila sobre este asunto la bella jóven y pensando sin duda en acostarse lo más pronto posible, arrimó al fuego que ardía en el hogar un pucherito que contenía su modesta cena. Mientras se calentaba, puso un mantel blanco como la nieve en una pequeña mesa de pino, un plato, un vaso y un cubierto y se sentó junto al fuego.

La puerta de la sala estaba entreabierta y desde allí observaba Inés todos sus movimientos con la más viva curiosidad.

Cuando Clavellina iba á vaciar en el plato la cena que humeaba en el puchero, sintió ruido de pasos y estremeciéndose súbitamente, volvió á dejar el puchero en el fuego y se levantó rápida como impulsada por un resorte.

Los pasos se detuvieron en la puerta de la calle y sonaron dos golpecitos suaves, acompañados de una voz dulce y sonora que conmovió profundamente el alma de Clavellina, haciendo estremecerse á Inés que la escuchaba con la mayor atención:

—Abre, Clavellina, ¡soy yo! — dijeron desde fuera.

La jóven sin vacilar se adelantó hácia la

puerta y abrió. Virgilio, pues era él, se quitó la capa y fué á sentarse en un escaño de madera que había junto al fuego, frente por frente de la puerta de la sala, desde donde observaba Inés.

—Buenas noches, querida Clavellina; ¿no me esperabas?

—No, señor;—contestó la hermosa niña, sentándose á los piés de Virgilio, en el poyo de yeso con cerco de madera que formaba el hogar.

—Me marcho mañana á Madrid; y no podía dejar de despedirme de tí; pues aunque eres tan ingrata, que ni aun te dignas corresponder á mi cariño, es mi afecto tan sincero y tan puro que no ha de extinguirse nunca y siempre he de manifestártelo del mismo modo.

—Lo agradezco muchísimo, señorito Virgilio, y siento que se empeñe V. en ese delirio, que solo disgustos ha de ocasionarnos, y que me perjudica ya, porque no han faltado gentes que me designan como la querida de V.; y si esos rumores siguen, estoy dispuesta á marcharme de Villacierzo, y sea como quiera me avecindaré en otro pueblo, lo más lejos posible de este para evitar las ocasiones de ver á V.

—¿Con que no quieres verme?

—No, señor; ya se lo he dicho cien veces.

—Eso me prueba tu amor, y aumenta el mio.

—Yo no debo ni quiero decir lo que siento; pero sí puedo asegurar á V. que nunca seré su querida, aunque supiera morirme de dolor.

—Tu pasion que no puedes ocultarme aumenta la mia y tu tenacidad me enloquece.

—Por piedad, aprenda V. á dominarse, como me domino yo, y olvideme; se lo ruego.

—¡Imposible! Te aseguro, Clavellina, que es ya nuestra situacion insoportable;—decia Virgilio fijando en la hermosa niña una mirada profunda y conmovedora.

Inés, escuchándolos, decia entre si con una cólera sorda y terrible:

—Esta campesina selvática es muy sagaz, irrita su pasion con la resistencia como la coqueta más refinada; así, ¿cómo es posible que yo le merezca ninguna deferencia? ¡Ah! todo lo guarda para ella, la miserable. ¡Y estos son sus amores!

Clavellina, con la cabeza baja, procuraba evitar las miradas de Virgilio, que la magnetizaban por completo.

—¡Ah!— solia decirse algunas veces á sí misma:—sólo tengo miedo á sus ojos, que me trastornan y fascinan, quitándome toda la fuerza y la energia que necesito para resistir á su amor.

Virgilio continuó diciendo:

—Mi amigo Horacio, que dicho sea de paso te quiere mucho, ha tenido sus temores de que yo llegase á conseguir tu cariño y no hace muchas horas me hablaba de tí en unos términos tan halagüeños que, si yo no le conociera tan á fondo, hubiera tenido celos.

—¿Y por qué? El señorito Horacio me ha mirado siempre con el mayor respeto;—murmuró Clavellina atreviéndose á mirar á Virgilio.

—Ya lo creo, como que dice te pareces á su madre y te profesa el cariño más tierno y una veneracion profunda. Mil veces me ha dicho: «si tú engañas á esa niña nos batiremos; te lo juro.» Yo no he pensado jamás en semejante felonía; pero si tal idea me acometiese, tenias en él un defensor acérrimo y decidido, un esforzado campeón. Algunas veces que ciego por los celos he solido decirle «tú la amas» me ha contestado: «No lo creas, jamás haria de ella ni mi esposa ni mi querida; pero siento hácia esa pobre

niña abandonada, que tanto se parece á mi madre, una conmiseracion profunda, una afeccion verdaderamente fraternal.» Su padre dice lo propio y no quiere verte nunca porque le recuerdas á su esposa, de quién segun afirman los dos y yo mismo porque me han mostrado su retrato, eres una copia exacta.

—¿Ha muerto sin duda?

—No; vive y está en Madrid, en un convento; pero hace muchos años está separado el matrimonio. Debe ser una historia muy triste y muy dolorosa para ellos, porque no quieren que jamás se haga referencia á este asunto, ni siquiera por casualidad.

Virgilio calló, y Clavellina, que era muy discreta, á pesar de su tosca educacion, se abstuvo de preguntar. Hubo unos instantes de silencio que rompió Virgilio diciéndola:

—¿Y cómo vas de tus estudios? ¿Has leído ya los libros que te dejé?

—Sí, señor; y ya tengo otros que me ha prestado D. Juan. En la escritura estoy muy adelantada; ¡pero si tiene una paciencia conmigo la maestra, que no es extraño aprenda en poco tiempo! Muchos dias está dos horas dándome leccion. Ahora nós está enseñando el sacristan de la Iglesia mayor el solfeo,

porque quiere que cantemos unas flores á María en este próximo mes de Mayo, á semejanza de las que ha solido organizar otros años la señorita Inés.

—Pues no faltaré á oirlas; tú debes tener una voz deliciosa.

—Eso me dicen todos, y se esfuerzan por enseñarme; así es que ya no voy al campo á coger yerbas, y me paso las tardes en casa de la maestra, que es una señora escelente.

—Me alegro infinito que no vayas al campo y que cultives tu inteligencia. Siempre te lo he dicho, ofreciéndote dinero para que no carezcas de nada; pero tú eres tan orgullosa; que lo que aceptas de cualquier vecino del pueblo, lo rehusas de mí, y francamente me voy enfadando.

—¿Por qué ha dado V. en la tontería de hacerme el amor?—dijo Clavellina ruborizándose y bajando los ojos con una expresión de candidéz encantadora.

—¿Y eso qué importa? Yo no puedo menos de manifestarte lo que siento: te amo, te amaré toda mi vida, y sin embargo, ya lo ves, te respeto y admiro sin atreverme ni aun á estampar un beso en tu mano, porque te ofendes y sufres y yo no quiero hacerte la

menor violencia. Mi cariño es un manantial purísimo que se desliza tranquilo y sereno como las aguas de ese río que atraviesa el valle. Ha nacido en mí espontáneo, como nacen las flores en la selva á impulso del soplo vivificador que las da vida, y un amor semejante es imposible arrancarle, cuando ya forma parte integrante de mi naturaleza. Así es que te amaré siempre y no podré mirar á ninguna otra mujer, porque todas me son indiferentes, recordándote á tí pura y casta como ninguna. Flor virginal de los valles, que reúnes á la suave belleza de la dama aristocrática, la gracia, el candor y la virtud de la inocente hija de las selvas; por eso tienes ese encanto, ese don sobrenatural que seduce y fascina.

—¡Oh! basta por Dios! V. me adula demasiado; y no puedo consentirlo;—murmuró entre conmovida y confusa la pobre niña, y luego exclamó sencillamente en un arranque de niña quejosa:

—Si le oyera á V. Doña Inés, ¿qué diría? ¡ella que tan mal me quiere, sin haberla yo ofendido en lo más mínimo!

—Me odiaría con seguridad si tal oyese; porque ella quisiera para sí todos los homenajes, todas las atenciones.

—Ahora debe V. casarse con ella, hacerla feliz.

—Jamás, Clavellina; ese consejo en tu boca me hace daño. ¡Yo casarme con la viuda de mi pobre Javier!

Y sus manos y sus ojos se elevaron al cielo como poniéndole por testigo de que nunca aceptaria la alianza con la mujer criminal que le habia dado muerte: pues, aunque sin pruebas para juzgarla, sentia en su alma la intuicion de que nadie si no ella podia ser la culpable.

—¡Ah!—continuó exhalando un suspiro; —me es antipática en alto grado, no puedo tolerar ni su presencia. Es verdad que mi alma está llena de tu amor y no puede fijarse en ninguna mujer que no seas tú; pero aunque tuviese libre el corazon y sediento de amor, no iria á beber en el turbio manantial de sus afecciones, que no son sinceras ni pueden serlo, porque la hipocresía forma la base de su carácter.

Inés estaba sufriendo de una manera horrible al escuchar esta conversacion; se mordía los labios procurando contener hasta los latidos de su corazon, para no descubrirse, y al propio tiempo aplicaba el oido, porque no queria perder ni una sola palabra de

• aquellos conceptos que la interesaban en alto grado y que se iban grabando en su mente con buril de fuego.

Lucia en el extremo de la sala, donde la mandó sentarse su señora no podía oír nada, porque habia concluido por dormirse profundamente.

• La viuda, envuelta en su negro manto, sobreescitada, nerviosa, habia caido junto á la puerta; tenia una rodilla en tierra y en la otra apoyaba el codo, mientras su agitada mano sostenia la frente cargada de sombríos pensamientos y de siniestras ideas de venganza y de esterminio.

• La sonora voz de Virgilio, que resonó de nuevo, la estremeció, y aplicando el oído á la entreabierta puerta, oyó que dijo el noble jóven con acento jovial:

—Escucha, querida mia; por última vez voy á hacerte una proposicion: ¿quieres venirme á Madrid?

—Cien veces he dicho á Vd. que nó; y se lo repito ahora. No me vuelva á indicar semejante cosa, porque son vanos sus ruegos: soy una pobre planta criada en estos valles, donde encontré en mi infortunio tan generoso amparo, y no quiero dejarlos.

—¿Me tienes miedo? ¿Temes que te engañe?

—No señor; y lo prueba la confianza con que recibo á Vd. aquí en mi pobre casa y en esta profunda soledad; le juzgo á Vd. noble y caballero, y no le creo capaz de una felonía; además, tengo completa confianza en mí misma.

—Tú no eres una mujer vulgar; la delicadeza de tu constitucion física revelan un origen elevado; además tienes cualidades de carácter que te sobreponen á la condicion inferior á que el destino te condena, y debes salir de ella; yo te ofrezco los medios de hacerlo sin ofenderte.

—Es inútil, no iré.

—Tienes una firmeza sin ejemplo.

—Cumpló con mi deber.

—Déjame hacerte una proposicion, no mia, de Horacio, que él mismo te la hará mañana cuando pasemos por aquí para marcharnos á Madrid, que nos detendremos un momento para decirte adios.

—Poco pierdo con escucharla.

—Te he dicho que la madre de Horacio está en un convento; no vé á su marido, pero sí á su hijo, al que ama con delirio, y á mí, que la visito muchas veces. Es Doña Mercedes, que así se llama, una señora excelente, de bellísimas prendas, y que

no se comprende su desgracia, ni el des-acuerdo en que vive con su marido. ¡Cosas de la vida! Pero dejemos esto y hablemos de tí. Muchas veces hemos contado á Doña Mercedes tu caída del risco, la hemos llevado tu retrato hecho por Horacio y el cuadro que representa la escena de aquel acontecimiento tan sensible, y que nos proporcionó el gusto de conocerte por primera vez. Pues yo, aunque soy del país y aquí he nacido, me eduqué en el extranjero, y no recordaba haberte visto nunca. Esta señora ha simpatizado mucho contigo, y está vivamente interesada en conocerte; tanto, que nos ha suplicado con insistencia procuremos convencerte y te llevemos á su lado, pues ella se encargará de tu educacion; y si no lo haces, ha resuelto venirse esta primavera á pasar una temporada en Villacierzo, sólo por conocerte.

—Entónces, cuando venga, veré lo que hago; pero yo no me merezco tanto interés, y verdaderamente me asombra lo que usted me dice: ¡sin conocerme me ama!... Y se llama Mercedes. ¡Qué rara coincidencia!... Yo tengo una devocion particular á Nuestra Señora de las Mercedes, cuya fiesta se celebra aquí el 24 de Setiembre; voy todos los

días á su ermita, la llevo un ramo de flores, y la invoco con todo mi corazon pidiéndola que sea mi bendita madre, ya que el cielo me ha privado de conocer á los autores de mis dias. Y la Santísima Virgen ha accedido á mi ruego, y me protege y ampara y me dá fuerzas para soportar todas las contrariedades de la vida.

—¿La Virgen entónces te inspira el pensamiento de no amarme?—exclamó Virgilio, admirado de la célica fé que atesoraba la dulce niña.

—De no amarle, nó; yo amo á Vd. con todo mi corazon, pero como á un hermano; nuestra condicion nos separa, y yo no debo nunca aspirar á otra cosa que á ser su servidora humildísima.

—Eres un ángel, y yo tengo que hacer todos los esfuerzos imaginables para mejorar tu suerte.

—Y bien: siga Vd. hablándome de Doña Mercedes; sin saber por qué, este dulcísimo nombre inunda mi corazon de una felicidad desconocida.

—Esta señora es muy desgraciada; pero muy buena y muy instruida, y con seguridad serías para ella un gran consuelo. Tuvo hace años una hija allá en Francia, niña

qué se perdió, ignoro cómo, porque no quiere recordarlo; pero cuyo triste acontecimiento fué la causa de la separacion del matrimonio, y desde entónces se vino á España huyendo de su marido, refugióse en un convento, y sufre de tal manera que dá compasion. Mr. Marchand tiene un carácter de hierro, ella es muy altiva y fuerte con su inocencia y con su dignidad; es imposible entre ellos una avenencia, por más que Horacio lo procura, y con ese objeto ha venido á España trayéndose á su padre, que se resiste tenazmente y Doña Mercedes tambien, porque ambos se atribuyen el uno al otro la culpa de su desgracia y de la pérdida de su hija, y se odian de una manera mortal.

—¡Pobre señora!... Pues verdaderamente, la quiero ya con toda mi alma sin conocerla.

—¿Y podré llevarla alguna esperanza? ¿Te vendrás á Madrid para vivir á su lado?
—exclamó Virgilio, levantándose para marcharse.

—¡Ah! Por ahora, nó; ya veremos más tarde.

—Ella vendrá á buscarte: adios; no tardaré en estar de vuelta, y verás cómo no

me voy sin tí, porque Doña Mercedes y Horacio me ayudarán á vencer tu resistencia.

—Adios, señorito Virgilio; que lleve usted feliz viaje;—exclamó Clavellina, presentándole la capa y saliendo á despedirle.

Virgilio se embozó cuidadosamente, y salió á la puerta que la jóven acababa de abrir.

Se habia levantado mucho viento, y una fuerte ráfaga apagó la luz de la candileja de hoja de lata que estaba colgada en la chimenea.

Clavellina, que habia salido trás de Virgilio, no lo advirtió; dió algunos pasos en la pradera para despedirle aún por última vez, y en tanto la astuta y rencorosa viuda que acechaba en la sombra la ocasion de saciar su implacable saña, se lanzó rápida como el pensamiento hácia el fuego. Con el vivo resplandor que éste despedia vió perfectamente el sitio donde estaba el puchero con la modesta cena de la jóven, levantó la tapa y vertió el contenido del frasquito que llevaba en el bolsillo, volviendo con la misma rapidez á esconderse en la sala.

Pasados algunos instantes volvió Clavellina.

—¡Vaya! El viento ha pagado la luz;—

exclamó la inocente niña, sin la menor sombra de recelo.

La encendió de nuevo, cerró la puerta y se dispuso á cenar, no sin haber permanecido antes algunos minutos entregada á una profunda meditacion.

Las palabras de Virgilio y sus protestas de cariño, resonaban en sus oídos como una música melodiosa, y estasiada cubriase el rostro con las manos, y le parecía estar escuchándole todavía, á pesar de haberse marchado; pero así prolongaba aquella ilusion deliciosa, que conmovia fuertemente sus sentidos.

Venció por fin su poderosa emocion, y sacudiendo su linda cabecita cubierta de rizados cabellos que cayeron por sus hombros, se puso á cenar. Tenia bastante buen apetito, y comió deprisa, porque era muy tarde, y por marcharse á Villacierzo, apenas si habia tomado por la mañana un ligero desayuno.

Terminada la cena se levantó, quitó la mesa, y sintiéndose acometida de un vértigo, le parecia que iba á caer en tierra. Sus pasos eran inciertos, vacilantes.

—¡Válgame Dios! Parece que dá vueltas toda la casa,—exclamó.—¡Qué mala me

siento! ¡Virgen de las Mercedes, ampárame!

Este grito angustioso que exhaló en voz alta le oyó Inés perfectamente.

La pobre Clavellina se dirigió tambaleándose á su cuarto y se echó vestida en la cama.

Inés asomó la cabeza y escuchó algunos instantes. En su rostro se pintaba la expresión del triunfo; una sonrisa satánica brillaba en sus lábios.

No sintiendo el más leve ruido salió á la cocina, sin ver la luz que aun ardía en la chimenea y se acercó al cuarto de Clavellina. Por la entreabierta ventana penetraba un rayo de luna que alumbraba débilmente la estancia; además, la lamparilla que siempre tenía encendida en el altar de la Virgen la piadosa niña, prestaba un ténue resplandor en torno suyo, merced al cual pudo Inés asegurarse de que su crimen estaba consumado.

Clavellina, tendida en su cama, estaba inmóvil, sin aliento, al parecer, sin vida.

Inés se lanzó á la sala, llamó á Lucía, que se despertó sobresaltada, y arrastrándola por un brazo en pos de sí, abrió la puerta y salieron al campo, deslizándose como dos sombras por la calle de olmos que conducía al castillo.

CAPÍTULO V.

El aparecido.

Eran ya las doce de la noche cuando Inés y su doncella, envueltas en sus negros mantos, se dirigian rápidamente al castillo.

La luna, en su período menguante, avanzaba por el oriente, iluminando muy débilmente con sus pálidos rayos el estenso valle en sus puntos más elevados.

Inés, sostenida por una escesiva escitacion nerviosa, caminaba erguida, altanera; de pronto vacilò, y como si tuviera miedo de seguir el camino recto, dejó la calle de olmos á un lado, y tomando el sendero de la orilla del rio, avanzó resuelta por entre los espesos matorrales.

Dando aquella vuelta tenian que subir una pendiente algo elevada para entrar en el camino transversal que las conduciria directamente á la puertecilla de la huerta, donde debia esperarlas el hortelano segun convinieron.

Lucía, con ménos ánimos que su ama y toda temblorosa, se detuvo de pronto, agarrándose con fuerza del brazo de Inés. Esta se detuvo tambien, sintiéndose acometida de un espanto indecible.

Una forma vaga, oscura, se dibujaba en aquella cuestecilla que les era preciso atravesar. Inés comprendió el terror de su doncella por el que experimentaba ella misma; ni una palabra se dijeron, sintiéndose animadas del propio pensamiento, porque desde la casa de Clavellina habian visto la forma de un hombre que iba delante de ellas, y aquel hombre no les era desconocido.

Las dos mujeres, trémulas de espanto, se detuvieron, permaneciendo estrechamente abrazadas.

—Tengo mucho miedo, señora,—murmuró la doncella al oído de su ama;—ese hombre ó esa sombra, lo que sea, nos sigue.

Y los dientes de la pobre muchacha castañeteaban de terror.

—No nos sigue,—exclamó Inés;—al contrario, nos precede, pues hace rato le estoy viendo caminar delante de nosotras. Sentémonos un momento en esta peña á ver si desaparece; quizá sea Virgilio que haya tomado este camino para entrar por la mis-

ma puertecilla de la huerta á que nos dirigimos.

—El señorito Virgilio no es; mírele usted bien.

—Tienes razon; este es más bajo y más grueso: se parece á mi marido.

—¿Y nos habrá visto? ¡Ah! No hay duda; se sienta tambien, y precisamente por donde tenemos que pasar; ¿le vé V., señorita?... Yo me muero de horror.

En efecto, apenas ellas se sentaron en la peña, lo hizo tambien la sombra en lo alto de la cuesta.

La luna, desprendiéndose de un grupo de nubes, iluminó con sus pálidos reflejos el valle y fué á dar de lleno sobre la inmóvil sombra, que con tanto temor contemplaban Inés y Lucía.

Un grito inarticulado se escapó del pecho de ambas, sus manos se crisparon, y levantándose como impulsadas por un resorte echaron á correr en direccion opuesta, exclamando á la vez con temblorosa voz:

—¡Es mi marido!

—¡Es D. Javier!

Y pálidas, anhelantes, convulsas, corrieron por la ribera arriba sin atreverse á volver la cabeza.

Llegaron á la casa de Clavellina y se detuvieron.

—¿Pero está V. segura de que era él?— preguntó Lucía.

—Yo quisiera engañarme; pero le he reconocido perfectamente á la luz de la luna. ¡Ah! ¿si será verdad que los espíritus vuelven?

—Tambien yo lo creo; lleva el mismo traje que vestia el dia que se murió. ¡Ay, qué miedo, señorita de mi alma!—decia la pobre muchacha.

—Estoy temblando y te aseguro que no sé qué pensar.

—¿Y ahora ¿creerá V. en los aparecidos?

—Todavía nó; quizá sea un hombre que se parezca á D. Javier.

—Decia V. que sería el señorito Virgilio, ¡ojalá!..

—¡Ah! no; pronto sali de mi error; Virgilio es alto, delgado, y la sombra que subió la cuesta y volviéndose hácia nosotras se sentó, era la de un hombre pequeño, grueso, barrigudo, lo mismo que mi marido, con su rostro mofletudo y su cabeza calva, porque se quitó el sombrero; lo he visto muy bien, y á pesar de mi serenidad he temblado.

La puerta de la casa de Clavellina estaba

abierta, lo mismo que ellas la habían dejado al salir. La luz se veía desde lejos.

Inés se detuvo en la pradera que se extendía delante de la casa y como si se encontrase entre dos fuegos, no se atrevía ni á seguir adelante, ni á retroceder hácia atrás.

Enfrente veía á Clavellina exánime, espirante, muerta quizá, y detrás el espectro de su marido, saliendo de la tumba para acusarla de su muerte. Se cubrió la cara con las manos.

Un nuevo grito de Lucía y una fuerte presión en el brazo en que se apoyaba, la advirtieron de que la sombra estaba á dos pasos; pálida y anhelante clavó la vista en aquella visión fatal, que á su vez la miraba con ojos estraviados y chispeantes.

—¡El es! ¡Javier!—murmuró con una angustia horrible, sintiendo erizársela el cabello.

Lucía medio muerta, había escondido el rostro en el pecho de su señora.

—Yo soy,—exclamó D. Javier, con una voz sepulcral;—no te bastaba mi muerte, que necesitas aún la de esa niña infeliz. ¡Tiembla, insensata, que los dos te perseguiremos hasta el fin de tus días, que está cercano quizá!

D. Javier echó á andar con paso lento, entrando en la casa de Clavellina, cuya puerta se cerró inmediatamente por sí sola.

Inés y Lucía, cuando vieron desaparecer aquel espectro, recobraron algo sus perdidas fuerzas y echaron á correr por el mismo sendero; ya la cuestecilla estaba libre; subieron, sin embargo, temblando de piés á cabeza, y sin aliento casi llegaron á la puercecilla de la huerta, que estaba abierta y sentado en su quicio el hortelano que las esperaba.

—¡Gracias á Dios!—murmuró Inés, dejándose caer en un banco de piedra. El terror y la fatiga la abrumaban.

—¿Si nos seguirá? ¡Ni aún aquí estaremos libres, señorita!—exclamó Lucía, cerrando apresuradamente la puerta, sin esperar á que lo hiciera el hortelano.

—¿Ha sucedido algo, señora? Estaba con cuidado, como tardaban Vds.;—dijo el pobre hombre, acercándose respetuosamente á Doña Inés.

—Se nos ha aparecido D. Javier;—dijo Lucía.

El hortelano soltó la carcajada.

—No se ria Vd., era el mismo; y habló yo no sé qué, porque el miedo me impedía

oirle; pero sentí su voz;—insistió la doncella con acento de profunda convicción.

Inés, ni los escuchaba. Hondamente preocupada por las palabras de su marido, que aún resonaban en su oído, y más por la profecía, se había quedado inmóvil, absorta; fué preciso que Lucía la sacara de su enagenamiento y se la llevase á su cuarto, porque el frío y la humedad de las plantas empezaba á sentirse de una manera punzante.

Entró en su gabinete, y se sentó junto á la chimenea. El fuego, que ardía vivamente, las pareció muy agradable, porque ambas estaban tiritando.

Lucía se sentó á sus piés.

—Pero, ¡señorita!...—la decia ésta;—yo no he podido comprender las palabras de D. Javier; en cuanto escuché aquella voz hueca y cavernosa que parecia salir de una tumba, se me quedó la piel como carne de gallina en todo el cuerpo, el pelo se puso de punta, y si no me tapo los oídos refugiándome en los brazos de Vd., me caigo muerta allí mismo. En mi vida he sentido un miedo semejante.

—Ni te hace falta saber lo que me dijo;—contestó Inés, alegrándose del miedo de su doncella, que no la permitió enterarse de

aquel secreto terrible que no había confiado á nadie, y que sólo su marido, siendo un espíritu del otro mundo, podía saber.

El acento grave y duro de Inés hizo enmudecer á Lucía, que presintió algun misterio, pero que no acertaba á descifrarle.

Inés la mandó acostarse, recomendándola mucho que no dijera una palabra sobre su salida nocturna, ni sobre la aparición.

Lucía no se hizo repetir la orden, y se retiró mirando con espanto á todos lados, como si aún la persiguiera aquella sombra fatal.

Cuando Inés quedó sola, se dirigió á su secreter á colocar en su sitio el frasquito vacío que llevaba en el bolsillo. Abrió la primera tapa y luego el cajoncito secreto, en cuyo fondo vió un papel que la hizo estremecerse profundamente; porque allí sólo se conservaba la caja con los frasquitos vacíos que con gran asombro encontró llenos y aquel papel que debió ser puesto en el secreto hueco por una mano extraña.

— ¡Dios mio! — murmuró. — ¡Un papel aquí! ¿Quién ha podido introducirle en este mueble, del cual yo sola tengo la llave, y en un secreto cajon que nadie conoce?

Sus piernas temblaban; dos veces quiso

coger el papel y otras dos volvió á retirar la mano. Sentia una vivísima curiosidad por examinarle de cerca y no se atrevia, sintiendo como si un impulso secreto la dijera que aquel papel pertenecia á un muerto.

Por tercera vez alargó la mano, y haciendo un esfuerzo supremo, le tomó, aproximándose á la lámpara. Le desdobló con un movimiento convulsivo, y reconociendo la letra de su marido, le soltó como si la quemase los dedos. Lanzó un grito y se tapó la cara con las manos, dejándose caer en un sillón más muerta que viva.

Así permaneció algunos instantes; su rostro, horriblemente descompuesto, estaba lívido, y sus ojos estraviados volvieron á fijarse en el fatal papel que se hallaba abierto á sus piés.

Los gruesos troncos de encina, que ardian en la chimenea, arrojaban una viva luz, de modo que se distinguian perfectamente los renglones anchos y la letra grande y redonda que tanto conocia Inés.

La jóven no podia apartar su vista de aquellos caractéres fatales, como si tuvieran iman, pero no se atrevia ni á recoger la carta, ni á dejarla alli, donde podian verla los criados; con un movimiento nervio-

so la empujó con el pié, arrojándola á la chimenea.

El papel empezó á quemarse; pero como los ojos de Inés no se apartaban de él, pudo leer algunas frases que aparecieron vivamente iluminadas por la llama: «envenenadora,» decian unas, «crimen inútil,» otras, «Virgilio no te ama» vió muy claro, y al leer esto lanzó un grito, quiso recoger el papel y ya era tarde; sólo quedaban libres de las llamas los últimos renglones, que decian:

«No puede ser feliz el criminal, porque hasta la hora de su muerte le persiguen los remordimientos. Un sincero arrepentimiento será lo único que te devuelva la paz del alma; hasta entonces estará á tu lado tu infeliz esposo.

JAVIER DE SAN TORCAZ »

El fatal papel se escapó de las trémulas manos de Inés y fué á concluir de extinguirse al fuego.

—¡Arrepentimiento!—murmuraba la jóven abismándose en una profunda meditacion.—¡Ay! el que rueda por un peñasco no puede detenerse en su pendiente fatal hasta que llega al fondo. Eso me sucede á mí. ¡Que no me ama Virgilio, ya lo sé! Pero me

amará cuando se olvide de esa muchacha que ya no existe quizá.

Al decir estas palabras en voz baja, Inés oyó á su espalda la misma voz hueca y sepulcral que tanto la aterró anteriormente, que dijo;

—Clavellina vivirá para tu tormento; Dios no permite que muera y la concederá volver á la vida á las veinticuatro horas de haber sido envenenada por tí. Encontrará á sus padres, que son nobles y ricos, y será la esposa adorada de ese Virgilio que tú amas y que nunca te amarás, porque llevas en el rostro á pesar de tu fingimiento, la horrible espresion de tu alma miserable.

Inmóvil y como aturdida permaneció Inés mientras escuchó las anteriores palabras. La parecia escuchar detrás de su espalda los pasos de su marido, y por último, su aliento frio y glacial rozando su cuello. Se levantó de un salto puramente nervioso, y fué á parar á la puerta de su gabinete, que estaba enfrente de la alcoba donde antes dormia, que comunicaba con la de su esposo.

Volvió la cabeza y vió á D. Javier pálido, completamente lívido, en la puerta de aquella alcoba, que la miraba de una manera tal que fascinaba; medio loca, arrojó un grito

espantoso y cayó en tierra atacada de una convulsion.

La doncella, que dormia muy cerca, sintió aquel grito de angustia y creyendo que se habria puesto enferma su señora corrió á socorrerla.

Efectivamente, la encontró tendida sobre la alfombra, sin conocimiento, y asustada la pobre muchacha agitó fuertemente una campana que puso en conmocion toda la casa. Subieron las otras criadas, el ama de gobierno, el mayordomo, el capellan y al cabo de un rato Virgilio, Horacio y Mr. Marchand, que sintieron aquel horrible estrépito, informándose de que Inés estaba moribunda.

Virgilio mandó enganchar la berlina, haciendo que fueran inmediatamente á buscar á D. Juan, y en tanto que llegaba se acercó á la cama donde habian colocado á Inés, procurando calmar con remedios caseros el accidente nervioso que sufría. Empero los esfuerzos de todos eran inútiles; Inés se agitaba furiosa, arrojaba espuma por la boca, y de vez en cuando, á través de sus apretados dientes, dejaba escapar gritos inarticulados. Así permaneció más de dos horas, hasta que llegó D. Juan y preparó un medicamento eficazísimo para calmar la escitacion nerviosa.

Se tranquilizó algun tanto; pero cuando creyeron que iba á recobrar el conocimiento volvió á quedar completamente aletargada.

Virgilio suspendió por algunas horas su viaje, resolviendo marcharse por la tarde si Inés continuaba bien y salió á la galeria á dar las órdenes á un criado para que no engan-chasen. El primero que encontró fué á Patricio, que exclamó al verle:

—Señorito Virgilio, ¿sabe V. lo que ocurre?

—Dímelo y lo sabré;—contestó Virgilio.

—Alguna desgracia sin duda en casa de Clavellina. Los lecheros que vienen todos los dias á las dos de la madrugada á llevarse la leche de las vacas para venderla en el pueblo, dicen que la puerta de la casa de Clavellina está abierta de par en par y que hay luz dentro, pero que no se oye nada; esto es muy extraño, pues á esas horas no está nunca levantada la jóven.

Virgilio, sin oír más y olvidándose por completo de Inés, bajó en dos saltos á la cuadra, ensilló por sí mismo su caballo y montando precipitadamente, se lanzó á galope tendido por la calle de olmos en direccion al valle, donde estaba situada la casa de Clavellina.

Cuando llegó empezaba á amanecer y ya se veia por el campo alguna que otra yunta de mulas ó de bueyes que iban á su trabajo y algunos pastores conduciendo sus ganados al pasto. Entre estos iba Pablo con sus vacas, y ya estaba en la entrada del valle cuando llegó Virgilio.

No se estrañó al ver al jóven por allí, porque sabia sus visitas á la bella serrana, y se disponia á seguir su camino sin detenerse, cuando Virgilio, echando pié á tierra, le hizo una seña para que se detuviera. Pablo entonces se acercó á coger el caballo que su amo dejó en completa libertad.

El jóven diputado, lleno de angustiosa inquietud, porque habia llegado á sentir por Clavellina una pasion muy séria, entró en la casa llamándola á gritos, pero nadie le respondió.

El perro ladraba desesperadamente al otro lado de la cuadra; Virgilio abrió aquella puerta y el pobre animal se lanzó como un relámpago al cuarto de su ama, y subiendo de un salto á la cama, empezó á ahullar de un modo lastimoso.

Virgilio le siguió, y al ver muerta á Clavellina, dió un grito espantoso y quedó exánime abrazado al cadáver.

CAPÍTULO VI.

Mercedes.

Pablo escuchó el angustioso grito de su amo, y temiendo alguna desgracia, entró á informarse de lo que ocurría, quedándose consternado al ver el cuadro que ofrecía Clavellina muerta y Virgilio sollozando y cubriendo de besos y de lágrimas su pálido rostro.

Por otro lado el perro abullaba lastimoso y las tórtolas entonaban plañideras quejas.

—Sin perder un minuto monta en mi caballo y corre á que baje D. Juan,—gritó Virgilio así que sintió aproximarse á Pablo.

El pobre muchacho no se hizo repetir la órden, y media hora despues llegaron en la berlina D. Juan, Horacio y Mr. Marchand.

Aun encontraron á Virgilio que con sus besos y sus lágrimas pretendia devolver la vida á la pobre niña que amaba tanto.

Un hombre alto, moreno, con grandes

patillas negras; y una mujer de alguna edad, al parecer gitanos, llegaron á la puerta al propio tiempo que el coche se detuvo.

—¿No vive aquí una niña de unos 16 años que llaman Clavellina?—dijo la gitana á don Juan.

—Si señora; pero creo que esté muy mala ó haya muerto, segun acaban de decirnos; vamos á verla,—contestó el médico, y sin detenerse penetró en la casa y siguió hasta el cuarto de Clavellina.

—¡Virgen Santísima! ¿si habremos llegado tarde?—gritó la gitana, precipitándose detrás de D. Juan.

Todos entraron en tropel, contristándose dolorosamente al escuchar de los labios del médico que no habia remedio alguno en la ciencia para la infeliz, que habia sucumbido de un accidente repentino.

—¿Pero ha sido muerte natural?—exclamó Virgilio medio loco de desesperacion y de dolor.

—Tal creo,—dijo D. Juan despues de haberla examinado detenidamente.

Clavellina estaba vestida y envuelta en las ropas de la cama; su rostro frio y pálido no presentaba la rigidez de los cadáveres, y sus miembros conservaban la elasticidad.

Virgilio, que tenía una mano entre las suyas, observó esta circunstancia, y á pesar de las seguridades que D. Juan daba de que estaba muerta, la tapó cuidadosamente, abrigando la esperanza de que tal vez volviese en sí, no pudiendo en su profundo dolor convencerse de aquella desgracia.

Mr. Marchand, que conocia la historia y la procedencia de la jóven Clavellina, interrogó á los gitanos creyendo si serian ellos los que dejaron á la jóven, cuando tenia tres años, dormida en unas retamas.

Al principio lo negaron; pero vencidos por las súplicas de los cuatro caballeros que deseaban conocer el misterio de aquella niña, y despues de asegurarse de que nada les sucederia en el pueblo, confesaron la verdad.

—Nosotros la dejamos aquí olvidada, si, señores,—dijo la gitana más franca que su marido;—y ahora veniamos á recogerla porque anoche, un señor que encontramos ahí arriba en esa arboleda donde acampamos nos dijo que la niña estaba aquí muy querida y estimada de todo el pueblo.

—Pero no sería hija de Vds;—dijo don Juan;—porque de serlo, algo más hubieran sentido su muerte.

—No, señor;—dijo el gitano;—no lo era.

—¿Y quiénes son sus padres?—preguntó Mr. Marchand muy interesado.

—Nunca los conocimos; — contestó el gitano.

—¡Cómo que nunca! Vds sin duda robarían esa niña para comerciar con ella, y si no dicen ahora mismo la verdad les ha de costar caro; — exclamó Horacio poseído de la más noble indignación.

—¡Robarla! no señorito; ¡por Dios! no crea V semejante cosa: ¡nos la encontramos en el jardín de las Tullerías en París hace trece años una tarde de Setiembre.

—¿En París? ¿en las Tullerías?—gritó fuera de sí Mr. Marchand.

—Si, señor; allí mismo; estaba perdida: lloraba y nosotros la recogimos.

—¿Qué día? ¿qué día? pronto, ¡qué día! — gritaba con febril impaciencia el anciano.

—El 24 de Setiembre, hace trece años justos el día de la Virgen de las Mercedes.

—¿Y cómo se llamaba; no lo dijo?—añadió Horacio con más impaciencia aun que su padre.

—¡Mercedes! No nos supo decir su apellido, ni las señas de su casa; — repuso la gitana.

—¡Hija de mi alma! ¡tú hija mia! ¡tú eres

mi perdida Mercedes! — exclamó Mr. Marchand lanzándose sobre el cadáver y cubriéndole de besos.

— ¡Hermana querida! — decia por otro lado Horacio; — ¿cómo no te reconocí al verte si eres un vivo retrato de nuestra madre? — Y separaba á Virgilio para apoderarse de la mano que este no soltaba de entre las suyas.

— ¿Tenia la niña alguna señal por la que pueda reconocerse su identidad? — preguntó el médico á los gitanos.

— Si, señor; — contestó la gitana, acercándose á la cama; — debe tener una clavellina en el hombro derecho, y por esta razon la pusimos ese nombre.

Y la gitana separó el pañuelo, descubriendo el hombro de la hermosa niña, presentándose á las asombradas miradas de los circunstantes una bellísima clavellina sobre la blanca piel, que resaltaba admirablemente por su encendido color.

— ¡Ella! ¡ella es! — exclamó sollozando Mr. Marchand, — fué un antojo que tuvo mi mujer.

Y para que ninguna duda les quedase, la gitana sacó la ropita que llevaba puesta la niña el dia en que la encontraron en el

Jardín de las Tullerías, y con ella un medallón que Horacio abrió encontrando dentro el retrato de su madre.

—¿Y por qué Vds. no dejaron esta niña en París?—gritó Mr. Marchand poniéndose de repente furioso.—La policía la hubiera encontrado. ¡Ah! yo no sé lo que voy hacer con estos vagabundos, salteadores de caminos.

Los gitanos, viendo el pleito mal parado, fueron deslizándose poquito á poco, pidiendo mil perdones, y á favor de la confusion salieron al campo. La casa se iba llenando de gente, porque la noticia corrió por el pueblo como un rayo y la consternacion era general.

Mr. Marchand manifestó á sus amigos, que se habia separado de su mujer á consecuencia de haberse perdido la niña, culpándola de aquella desgracia porque se fué á paseo con unas amigas, dejando la niña confiada á una niñera inesperta y poco cuidadosa que la dejó extraviarse.

La esposa de Mr. Marchand era española y se trasladó á España, entrando á poco en el convento de las Calatravas, donde permanecia en completa soledad desde entonces, sin haber querido nunca unirse á su

marido á pesar de las tentativas que Horacio hizo para conseguirlo.

Mútuamente se culparon de la pérdida inesperada de la niña.

Horacio pensó irse á Madrid, á contar á su madre lo sucedido y así se lo manifestó á su padre, que convino en ello, acordando no dar sepultura al cadáver de la desgraciada niña hasta que su madre llegase, si tenia gusto en verla muerta, ya que no pudo verla desde que á la edad de tres años una deplorable fatalidad la arrancó de sus brazos.

El carruaje estaba á la puerta, Horacio depositó un cariñoso beso en la frente de su hermana y partió inmediatamente á Madrid.

Las gentes de Villacierzo iban bajando en grupos, contándose unos á otros la desgraciada muerte de la jóven, al propio tiempo de haberse descubierto el misterio de su nacimiento, encontrando á su familia. Entre la multitud que invadió la casa y la pradera, los gitanos desaparecieron, marchándose precipitadamente del pueblo.

—¡Hija de mi alma!—exclamaba Mr. Marchand contemplando con el más profundo dolor, el pálido semblante de la hermosa Mercedes, que ofrecia á su vista todos los

rasgos del rostro de su esposa.—¡Qué desgracia la mia, encontrarte despues de trece años! ¡y en qué situacion! ¡Dios mio! ¡muerta! ¡muerta! ¡Ah! ¡D. Juan!—exclamaba volviéndose hácia el anciano médico;—¡qué lejos ha estado V. para no poder socorrerla en su repentino mal, y la infeliz se ha visto sola, sin auxilio humano, viviendo en esta casa solitaria y triste, léjos de todos! ¡pobre niña! ¡qué desgraciada has sido, separada de tus padres que tanto te querían, y que tanto han sufrido por tu pérdida!

Virgilio por otro lado tambien se lamentaba, dando gritos lastimeros, y arrancándose los cabellos con el mayor furor, acusándose de haber sido el causante de aquella muerte repentina.

—Si,—decia entre sollozos;—mi visita, que ella no esperaba, la conmovió tan profundamente, que apenas la dejé espiró, y yo no podré nunca perdonarme esta imprudente pasion que ha producido la muerte de una criatura tan angelical y tan hermosa.

De este modo ambos, el padre y el amante se atormentaban, haciéndoles coro las exclamaciones lastimeras de los circunstantes que tanto la querian y porque era la hija adoptiva del todo el pueblo, la encantadora

HIJA DE LA CARIDAD, y no podían menos de llorarla con el más profundo dolor.

A todo esto eran ya cerca de las cinco de la tarde y nadie se acordaba de tomar ningún alimento, ni de hacer los preparativos necesarios en una desgracia semejante.

Algunas piadosas señoras de Villacierzo que querían mucho á la jóven, se ofrecieron á su desconsolado padre, que les dió permiso para amortajarla, manifestando á los curas, que estaban allí, su deseo de no dar sepultura al cadáver hasta que su mujer la viese, y se la esperaba aquella misma noche. Se salieron despues á la pieza inmediata.

Y á los ruegos de estos mismos sacerdotes y de D. Juan consintieron Virgilio y Mr. Marchand en subirse al castillo á descansar un rato, con la condicion de que así que estuviera vestida Clavellina la llevarian á depositarla en la capilla, donde debían hacerse los funerales.

Así que se vieron solas con el cadáver aquellas piadosas señoras empezaron por despojarla de sus toscos vestidos, poniéndola un traje de raso blanco, que habia pertenecido á la madre de Virgilio, y que el jóven proporcionó con este objeto. La adornaron con flores y lazos color de rosa y peinaron

sus negros cabellos en dos gruesas trenzas entrelazadas con guirnaldas de flores colocándolas á los dos lados del pecho.

Una corona de rosas rodeaba sus sienes.

Mientras la vestían lanzaron las tórtolas lastimeros arrullos, desde el poético nido de ramaje que Clavellina las tenía construido en la ventana. Virgilio, que las estaba oyendo desde fuera, rogó á una de aquellas señoras se las entregase para llevarlas al castillo, pues deseaba conservarlas toda su vida como recuerdo de la preciosa y desgraciada niña que las había criado.

El sol estendía sus últimos rayos sobre el valle cuando la comitiva se puso en marcha, y con la mayor solemnidad, acompañada del clero parroquial y del pueblo entero, fué Clavellina, ó más bien Mercedes Marchand, trasladada al castillo. Junto á la caja mortuoria iba Leal dando prolongados y lastimeros ahullidos que demostraban la mayor tristeza.

Virgilio hizo que un criado se quedase en la solitaria casita de la jóven para cuidar las vacas, las cabras y las gallinas, palomas y demas animales que tenía la niña, y que debían ser, por haberla pertenecido, prendas sagradas para su familia. Únicamente con

permiso de Mr. Marchand conservó las tórtolas, que se llevó consigo estrechándolas contra su pecho, y llenando de lágrimas su bello plumaje.

Inés habia permanecido todo el día con una fiebre ardientísima, y á la caída de la tarde empezó á sentirse tan inquieta y alterada que no podian las doncellas sujetarla en la cama. Las apostrofó de la manera más violenta, y rechazándolas llena de furor, se arrojó al suelo y hubiera salido desnuda á la galeria sin la prevision de las jóvenes que la pusieron precipitadamente una bata blanca de cachemir.

—¡Pero, señora! ¿dónde va de ese modo, con el cabello tendido y los piés desnudos?
—la dijo Lucía pretendiendo detenerla.

—¡Quita! déjame pasar; necesito aire libre; ¡me ahogo! Estas paredes sombrías donde veo á todas horas ese espectro aterrador me abruman como una losa de plomo; quiero salir de esta casa, de este castillo infernal, de Villacierzo, ¡si! ¡si! de este horrible país, donde voy á morir me muy pronto, él me lo ha dicho, ¿oyes? ¡voy á morir!

Repetia estas palabras con acento misterioso al oido de Lucía y en su funesta exaltacion se salió de sus habitaciones y al

aproximarse á la galería vió entrar en el patio la fúnebre comitiva que conducia el cadáver de Mercedes.

—¿Quién llevan allí? Es una jóven vestida de blanco, con flores y palma en señal de inocencia, ¿quién es?—gritó con voz ronca y ojos estraviados, agarrándose fuertemente al brazo de Lucia.

—Es Clavellina; la pobre Clavellina, que ha muerto anoche, señorita;—exclamó la jóven doncella vertiendo abundantes lágrimas, porque la encantadora niña inspiraba simpatia y cariño á cuantos la habian visto una sola vez.

—¡Ah! ¡es ella! ¡bien muerta está!—exclamó Inés con amarga sonrisa.—Me habia robado el cariño de Virgilio y era preciso que muriera; pero ¡Dios mio! ¿qué digo? ¡yo estoy loca! Voy á delatarme yo misma.

Lucia la escuchaba aterrada, y con las sorpechas que ya tenia de lo acontecido la noche anterior en casa de Clavellina, empezó á comprender alguna cosa horrible. Las palabras de la señora, la aparicion del difunto y la repentina muerte de la jóven, casi en el momento de abandonar ellas la casa, la convencieron de que habia sido envenenada por Doña Inés.

Persuadirse de esto y apartarse con horror de su ama, fueron obra de un momento.

—¿Te vas y me dejas? ¿Qué es eso?—exclamó Inés viendo á la jóven retirarse vivamente de su lado.

—¡Señora! esa niña ha muerto apenas salimos anoche de su casa...—dijo Lucía mirándola con ojos espantados.—¿Quién la asesinó?

—¡Yo! ¿No lo sabias? Pues yo fui; aproveché un momento en que salió á despedir á Virgilio y vertí un veneno en su cena. Tú dormias tranquilamente... ¡pero si era la querida de Virgilio!

Lucía dió un grito, y cubriéndose la cara con las manos empezó á sollozar, exclamando:

—¡Yo cómplice de este crimen!—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Perdon! ¡Perdon!—y cayó la infeliz muchacha de rodillas anegada en llanto.

Inés, delirante y completamente perdida la razon por efecto de la fiebre intensísima que la abrasaba, no hizo caso de Lucía y continuó asomada á la galeria, viendo atravesar con lentitud la fúnebre comitiva por el patio grande del castillo, seguida de un inmenso gentio que iba penetrando en la capilla por la puerta que daba al patio.

Detrás del féretro vió á Virgilio que llevaba del brazo á Mr. Marchand; ambos iban cabizbajos, conociéndose en su dolorosa actitud la profunda pena que embargaba sus almas.

A la vista del gallardo jóven, más interesante y más bello aun con su dolor, la exaltacion de Inés subió de punto y desde la ventana gritó con voz ronca estendiendo hácia él sus brazos:

—Haces bien ¡sí! corre, Virgilio, corre detrás de tu querida, pero no llores; dentro de poco encontrará á sus padres y resucitará á las veinticuatro horas.

—Ya los encontró: su padre es aquel, Mr. Marchand;—esclamó detrás de ella una voz ronca y breve.

Inés se volvió y se encontró frente á frente con Patricio.

Virgilio alzó la cabeza para mirarla, y cuantas personas habia en el patio se asombraron al escuchar aquellas palabras, que juzgaron destituidas de fundamento.

El médico se separó de la comitiva y subió para evitar que aquella pobre mujer continuase dando gritos; pero ya Patricio la habia hecho callar diciéndola al oído con misterioso acento:

—D. Javier, el infeliz señor, á quien asesinaste me manda á imponerte silencio; ven á tu cuarto.

Y cogiéndola de un brazo, se la llevó sin que ella se atreviese á pronunciar una palabra, siguiéndole como espantada, con los ojos estraviados y toda convulsa. D. Juan llegó al mismo tiempo y entre los dos la obligaron á acostarse, pues ni una doncella se veía por allí.

Lucia, temblorosa y llena de un terror profundo, se fué á la capilla, llamó aparte á Virgilio y le contó todas sus sospechas, la aventura de la noche precedente y la confesion que á Doña Inés se le escapó en un momento de delirio.

Inmediatamente subió con la mayor indignacion, y penetrando en el cuarto de Inés, la encontró desmayada. Manifestó á D. Juan y á Patricio cuanto le habia comunicado Lucia, y convinieron desde luego los tres en la certeza de aquellas sospechas.

D. Juan creyó, y así lo afirmó, que la jóven no habia sido envenenada con el mismo veneno que dió la muerte á D. Javier, y Patricio calló, porque no podía hacer traicion al secreto de su amo revelando la verdad.

Virgilio, exasperado y furioso, hubiera he-

cho trizas á Inés, á no haberle detenido Patricio y D. Juan, que pudieron calmarle con juiciosas reflexiones, llevándosele de allí á las habitaciones del piso bajo.

Patricio llamó á las doncellas diciéndolas que no abandonaran á su ama; pero todas las criadas de la casa, que por Lucia acababan de enterarse de lo ocurrido, se negaron á asistirle, dejándola completamente sola.

Un nuevo incidente llamó la atención de todos. Apenas se hubo depositado en la capilla el cadáver de Mercedes, cuando se sintió penetrar en el patio del castillo un carruaje, apeándose una señora vestida de negro, seguida de Horacio, que arrojando un grito de supremo dolor, se arrojó sollozando, en los brazos de Mr. Marchand que salió á recibirla.

CAPÍTULO VII.

Vuelta á la vida.

La capilla donde se hallaba depositada Mercedes se habia iluminado espléndidamente, y varios criados de la casa, velaban al pié del catafalco, relevándose de hora en hora.

Eran ya las doce de la noche, y á la agitacion y al bullicio que habia reinado en la casa durante el dia y las primeras horas de la noche, sucedió un silencio sepulcral.

Mr. Marchand y su esposa, que se encontraron al pié del ataúd de su desgraciada hija, lloraban sin cesar acompañados de Horacio y de Virgilio, no ménos afligidos, y de algunas personas amigas que procuraban mitigar su dolor con dulces y consoladoras reflexiones. Ni D. Juan ni Virgilio quisieron duplicar la pena de aquellos infelices padres, participándoles la sospecha de que Mercedes habia sido envenenada. El mal era ya ir-

remediable, ¡á qué aumentarle produciendo un escándalo funesto con Inés cuando esta se hallaba trastornada por el peso de su misma conciencia!

Virgilio esperaba á que la envenenadora se mejorase para imponerla por si mismo el castigo á que se habia hecho acreedora.

Mientras estos personajes se encontraban entregados á su pesar inmenso en el salon de los retratos donde se reunió el duelo que, como saben nuestros lectores, si recuerdan la descripcion que hemos hecho de la casa, estaba en la galeria principal, no lejos de las habitaciones de D. Javier, y cerca tambien de la tribuna que daba á la iglesia, tenia lugar en Inés una estraña metamórfosis. Permaneció muchas horas aletargada, segun la dejaron Patricio y D. Juan: pero ya cerca de media noche, empezó á despejarse recobrando sus sentidos.

Se sentó en la cama: tendió la mirada en torno suyo, y se encontró sola, completamente sola. Se levantó con trabajo, porque se sentia muy débil, y se fué hácia la chimenea, tenia frio; se calentó las manos en la escasa lumbre que vió medio apagada y maquinalmente arrojó unos troncos de encina que estaban en un cajon inmediato,

procurando colocarlos bien para que se encendiesen pronto. Al parecer estaba en su cabal juicio.

Se ciñó la bata á la cintura con unos cordones de seda y mirándose á los piés, que conservaba desnudos, agitó el timbre que tenia al alcance de su mano sobre el mármol de la chimenea. Patricio se presentó inmediatamente.

—Llame V. á mi doncella, Patricio,—le dijo Inés.

—Ninguna quiere venir á servir á V., y aquí estoy yo á sus órdenes; ¿en qué puedo complacerla?

—He estado muy enferma, ¿no es verdad? Me parece como que despierto de un largo sueño; ¿qué ha pasado en tanto en esta casa? Patricio, acérquese V.; ayude á mi memoria. ¿Cuánto tiempo he dormido?

Patricio se encogió de hombros sin contestar.

—Siento un frio cruel,—continuó diciendo Inés;—alcancéme V., por Dios, unas zapatillas. ¡Ah! tengo unos dolores tan vivos en el pecho que parece como si me arrancaran las entrañas. ¡Muchas gracias!—dijo poniéndose las zapatillas que el anciano la presentaba.—¡Es V. un buen hombre! ¡muy

bueno! un fiel servidor de mi marido.

Inés al decir mi marido se detuvo como asaltada por un recuerdo punzante y sus ojos se clavaron en el severo anciano, que estaba de pié en frente de ella, con los brazos cruzados, dirigiéndola una mirada hostil y sombría, llena de reproches y de odio.

—Esa palabra quema los lábios de usted como si fuera de fuego, ¿no es cierto? *su marido, ¡su pobre marido!* —exclamó Patricio con amargo acento.

—¿Por que me habla V. así? Ese tono, esa manera de mirarme. ¡Patricio! —murmuró Inés empezando á temblar.

—¡Quiere V. que ayude á su memoria? voy á hacerlo con mucho gusto; pero es preciso empezar por el marido, envenenado por V. en el silencio de la noche,—dijo Patricio.

—¡Dios mio! ¿Quién ha dicho eso?—gritó Inés, poniéndose de pié y acometida nuevamente de la convulsion.

—La conciencia de V., señora, y su rostro lo están diciendo á gritos. ¿Cree V. que puede cometerse un crimen impunemente? Nó y mil veces nó; el espíritu de mi amo anda errante por el mundo y no descansará hasta que se haya V. arrepentido de su infa-

me maldad, implorando la misericordia de Dios para que pueda salvarse su alma.

—¿Tambien á V. se le ha aparecido?— murmuró Inés en voz baja acercándose á Patricio y mirando con espanto á todos lados.

—Sí, señora, y me ha dicho que anoche ha envenenado V. á Clavellina, esa hermosa niña, hija de Mr. Marchand, ¿es cierto?

—¡Ay! sí señor; yo amaba á Virgilio desde antes de conocerle, y este funesto amor me arrastró á cometer dos crímenes. ¡Dios mio! perdon... Conozco que voy á morir y son horribles mis angustias; ¡perdon! ¡perdon!

Inés cayó de rodillas elevando al cielo sus ojos y sus manos y permaneciendo unos instantes en dolorosa abstraccion. Cuando volvió en sí, Patricio habia desaparecido y halló en su lugar á D. Javier, que pálido y triste la miraba con profunda compasion.

—¿Te arrepientes?—la preguntó con voz dulce.

—¡Ah, ¡sí! ¡sí! ¡perdon! ¡perdóname, para que me perdone Dios!—Y sus manos unidas se tendieron hácia su esposo, en ademán de súplica. Ya no le miraba con temor como un espectro, sino con muestras de un dolor sincero y vehemente. D. Javier esten-

dió las manos sobre la cabeza de Inés y exclamó en tono solemne:

— ¡Que Dios te perdone, esposa mia, como te perdono yo!

Un torrente de lágrimas se escapó de los ojos de Inés y se puso la mano en el pecho sintiéndose morir. Sus ojos extraviados se fijaban con inmensa gratitud en D. Javier, creyéndole tan pronto un espíritu del otro mundo, como un sér real y verdadero.

Haciendo un esfuerzo supremo, se levantó, teniendo que apoyarse en el mármol de la chimenea para no dar en tierra con su cuerpo.

— ¿Qué haré yo para recobrar la paz de mi alma?— exclamó Inés, mirando á su marido, que se iba perdiendo en la sombra.

— Te basta un sincero arrepentimiento; pero en este mundo ya no serás feliz, ni lo puede ser ningun criminal, porque su conciencia se lo impide. Pon tu esperanza en la otra vida, porque la misericordia de Dios es infinita; y ven á la capilla. Clavellina vá á volver á la vida y es preciso que obtengas tambien su perdon y el de sus padres. Sígueme y sé fuerte: no temas, el camino de la cruz es el del cielo.— D. Javier desapareció.

Inés, exaltada y nerviosa, pero serena, se deslizó rápidamente, atravesando el gabinete y la sala, hácia la galería, que estaba silenciosa y desierta, dirigiéndose hácia la tribuna. Bajó sin vacilar por la escalera de caracol, encontrándose en la capilla al pié del lecho mortuorio de la hermosa Mercedes, que vestida con el rico traje de raso y encajes de la madre de Virgilio, parecia un ángel dormido.

Inés se detuvo como un autómeta, y al ver á la joven que parecia muerta lanzó un gemido doloroso. Patricio estaba solo velando el cadáver; así que la vió llegar, se adelantó á recibirla y tomándola del brazo la hizo sentar enfrente del ataúd, temiendo que la faltasen las fuerzas para resistir aquella durísima prueba á que la sometía D. Javier con el objeto de salvar su alma, inspirándola un sincero arrepentimiento.

—A las doce resucitará; faltan algunos instantes,—esclamó D. Javier desde lejos, y haciendo á la jóven, que le miraba atónita, un signo de despedida, se perdió entre las sombras de la iglesia.

Inés, con su blanco vestido y sus largos cabellos rubios, que caian en trenzas por

su espalda, la mirada de sus ojos azules fijos en el rostro pálido de Mercedes, á la que creía ver animarse por momentos, parecía el ángel de la resignación.

El reloj de la torre empezó con lentas y sonoras campanadas á dar las doce. Inés, al escuchar la primera vibración, sintió agitarse sus nervios. Se levantó con visible conmoción, y lanzándose hácia Patricio se apoyó en su brazo murmurando:

—¡Ya es hora!

Efectivamente; Clavellina no tardó en dar señales de vida; sus ojos se abrieron, sus miembros rígidos recobraron su elasticidad, y animándose su blanco rostro con un ligero carmín, tendió la vista en su rededor y estuvo algunos instantes sin darse cuenta de lo que la sucedía.

En aquel momento llegó D. Juan, á quien había mandado llamar Patricio momentos antes y entró en la capilla.

—¿Qué ocurre?—dijo el médico acercándose.

—La señorita Mercedes Marchand vuelve á la vida y es preciso que prepare V. á sus padres y al señorito Vírgilio para tan fausta nueva,—dijo Patricio.

D. Juan se acercó con viveza al catafal-

co, y tomando el pulso á Mercedes, comprendió que efectivamente vivía.

—Ayúdeme V., Patricio, á bajar el ataúd y á sacar á la niña, antes que recobre el conocimiento;—dijo D. Juan.

Y entre los dos la levantaron colocándola en los brazos de Inés, que se habia preparado á recibirla. Un criado que entró al propio tiempo y se apercibió de lo que ocurría, corrió al patio y á los portales, que estaban llenos de gente, exclamando:

—¡Ha resucitado Clavellina! ¡ha resucitado!

Con una explosion de general alegría fueron acogidas estas palabras, por el vecindario de Villacierzo, que adoraba á la jóven, poniendo en conmocion sus gritos á todas las personas de la casa. Virgilio fué el primero que se apercibió diciéndoselo á Mr. Marchand y á su esposa, que desde el salon de los retratos donde se hallaban, corrieron á la capilla, por la escalera de caracol de la tribuna, mientras que el pueblo se agolpaba en tropel por la puerta del patio.

—¡Valor, amigo Virgilio! ¡valor!—exclamó D. Juan;—estaba accidentada, reportense Vds.; que tanto mata el dolor como la alegría.

—Señora,—esclamó dirigiéndose á Madame Marchand,—sea V. prudente, y no se dé á conocer al pronto, que esta niña no debe saber de repente la dicha que la aguarda.

Esta reflexion hizo calmarse á los padres de Mercedes, no así á Horacio y á Virgilio, que ya estaban arrodillados á sus pies, pretendiendo quitar á Inés tan dulce carga.

—Y V., señora, ¿qué hace aquí?—la dijo Virgilio con voz ruda, mirándola de un modo tan enérgico que Inés se estremeció de pies á cabeza. En aquella mirada se leía el ódio y el desprecio más profundos; era bastante castigo para la infeliz. Soltó á la joven, que aun no habia vuelto por completo á la vida, y dejándola en brazos de Virgilio y de Horacio, se levantó palideciendo de una manera intensa.

Mr. y Mme. Marchand, sin poder contener su impaciencia, se abrazaron á Mercedes, que abriendo de nuevo los ojos, miró á todos con asombro.

—¡Hija mia! ¡hija querida!—exclamó Mme. Marchand, sin poderse ya contener y prodigándola mil caricias;—al fin te encuentro despues de trece años de angustias insupportables.

—¡V, señora! ¡V. mi madre!—gritó Mercedes.

—Y yo tu padre, y Horacio tu hermano; si, hija del alma, abrázanos á todos; y bendigamos el poder de Dios que ha hecho un milagro devolviéndote á nuestro amor.

Y Mr. Marchand en el esceso de su gozo besaba los cabellos de la jóven, porque su madre se habia apoderado de su rostro y Horacio y Virgilio cada uno de una mano.

Los abrazos, los sollozos y las lágrimas de alegría, no cesaban entre aquellos cuatro personajes, que fueron á arrodillarse al pié del altar para dar gracias á Dios.

Pasados los primeros momentos de efusion, Mr. Marchand se volvió, y viendo á Virgilio de pié con los brazos cruzados y las lágrimas en los ojos, sin atreverse á interrumpir aquel tiernísimo cuadro de familia, dijo á Mercedes enlazando su mano á la del jóven:

—¿Amas á Virgilio, hija mia?

—Con todo mi corazon;—contestó la niña sonrojándose.

—Entonces, sed amantes; yo os autorizo, y os bendigo, más tarde sereis esposos; ninguno más digno de tí;—dijo Mr. Marchand á Virgilio.

Los dos jóvenes lanzaron un grito de júbilo, que fué repetido por el pueblo que invadía la capilla diciendo á una voz:

--¡Viva Clavellina! ¡viva el señorito Virgilio!

A estas manifestaciones de alborozo, sucedió un grito agudo, y poco despues se oyó un golpe sordo y pesado como la caída de un cuerpo en tierra.

Todos los circunstantes se volvieron.

Era Inés que habia caído sin sentido sobre el ataud, que poco antes encerraba el cuerpo de Mercedes, y que D. Juan y Patricio habian dejado al pié del catafalco.

Fueron á levantarla y D. Juan exclamó:

—¡Infeliz! está desmayada, y se ha herido en el rostro.

La felicidad de Mercedes y de Virgilio unido á sus remordimientos, fueron golpes mortales para ella que vió en un momento desvanecidos todos sus sueños de ventura.

CAPÍTULO VIII.

La primera educacion.

A los pocos dias de la escena de la capilla, cuando volvió en sí la jóven Mercedes, hallábase esta con su madre en una de las salas del piso bajo del castillo, que servia de alojamiento á Mme. Marchand.

Sentadas ambas en torno de una mesa de estudio donde habia esparcidos varios libros, se entretenian en la lectura con la más grande atencion por parte de Mercedes y con la mayor seriedad por la de su madre, que se habia propuesto instruir á la jóven por sí misma, dándola la educacion necesaria á una señorita de su clase antes que fuera esposa de Virgilio.

Dos golpecitos discretamente dados en la puerta interrumpió la leccion, y al «adelante» que en perfecto español pronunció Mme. Marchand, se presentó Virgilio pálido y triste todavía por los últimos aconteci-

mientos que tan profunda impresion hicieron en su alma; pero tranquilo y espresando su simpático rostro la satisfaccion que sentia por ver á su amada y poder amarla sin trabas ya, ni consideraciones de ninguna especie.

—Buenos dias, querido Virgilio,—se apresuró á decir Mme. Marchand, alargándole la mano que el jóven se apresuró á estrechar llevándola galantemente á sus lábios.

—¡Señoras mias, ya trabajando!...—esclamó el jóven queriendo estrechar la mano de Mercedes, ademan que esta no vió porque ruborizada bajó los ojos fijándolos en un libro donde al parecer estudiaba, sin volver á levantarlos mientras duró la breve visita de su futuro esposo.

—Es necesario reparar el tiempo perdido amigo mio; esta pobre niña, que ha vivido aquí trece años como una rústica campesina, no tiene la menor idea de ninguna de las cosas que debe saber una señorita, y me he propuesto enseñarla antes de vuestra boda, porque no es digno ni decoroso en nosotros entregársela á su marido de esta manera.

—¿Y tardará mucho en instruirse?—preguntó Virgilio.

—Creo que un año ó dos, porque ella es

aplicada y demuestra las más felices disposiciones;—contestó Mme. Marchand.

—¡Ah! pues, por favor, no emprenda V. esa tarea tan larga, mi querida señora, porque yo no puedo esperar tanto tiempo, y á mí me basta conque posea la ciencia de saber amar á su marido, y esa no está sujeta á reglas, ni puede enseñarse, se siente por intuición, y yo creo que mi amada Clavellina la conoce ya lo bastante para nuestra felicidad, ¿no es cierto?

La mirada tierna, insinuante, de Virgilio se fijaba con insistencia en la jóven; pero esta permanecía con los ojos bajos embargada por la emoción y por el rubor más vivo, y no contestó.

—Es inútil que V. la interrogue; no habla tres palabras, hasta de mí tiene vergüenza como si no fuera su madre; y no se atreve á abrirme su corazón como yo desearia;—dijo Mme. Marchand.

—Y bien, para que no suba de tono el carmin de sus mejillas no la hablaré ni la miraré; desde que la paloma del valle se ha convertido en águila ya no me quiere; ahora tiene tres personas á quien amar y nada le importa que yo sufra;—esclamó el jóven con sentido acento.

—Eso no; yo siempre seré la torcaz paloma de los riscos,—balbuceó atreviéndose apenas á levantar su mirada para fijarla sucesivamente de su madre á Virgilio.

—¡Hija del alma! —murmuró con el mayor cariño Mme. Marchand, cogiendo su mano derecha y reteniéndola entre las suyas.

Virgilio pasó al otro lado de la mesa y la tomó la izquierda, de modo que la tenían entre los dos demostrándola toda su ternura.

Del vivo rubor, pasó la jóven á la emocion profunda; sus ojos se llenaron de lágrimas, y elevando al cielo su mirada, exclamó con entrecortado acento:

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡cuán feliz soy! ¿qué he hecho yo para merecer tanta ventura?

—Ser un ángel, hija mia; ¿cómo no amarte, si no hay criatura tan buena cual tú lo eres?—exclamó Mme. Marchand.

Virgilio se contentó con estrechar la mano que aun conservaba entre las suyas.

Mr. Marchand interrumpió la escena pidiendo permiso para entrar.

Aunque reconciliado el matrimonio en apariencia, Mme. Marchand no perdonaba á su marido lo mucho que la hizo sufrir en

tan larga separacion y se mostraba con él fria y ceremoniosa.

Este pasó seguido de Horacio y la conversacion se hizo general; hablando un rato de diferentes cosas.

—¿Y cómo está esa pobre Doña Inés?— preguntó Mme. Marchand, que no habia llegado á concebir ninguna sospecha sobre su culpabilidad.

—En un estado deplorable;— contestó Virgilio;—el golpe le recibió en la cara, rompiéndose la nariz de una manera tan dolorosa, que ha sido precisa una delicada operacion quirúrgica, que D. Juan ha hecho con la mayor habilidad: salvará la vida; pero queda deforme, desfigurada por la falta de la nariz; ella que estaba tan orgullosa con su belleza, ¡cuánto deberá sufrir cuando se mire al espejo!

—¡Infeliz! hemos de subir luego á verla.

—No la compadezca V., señora, ¡quién sabe si lo tendrá merecido!

—Por Dios, Virgilio; V. no tiene caridad; y debe profesar un ódio grande á su cuñada para tratarla así:—dijo Mme. Marchand.

—Tengo mis razones, que suplico á V. respete; y la ruego no tengan mientras per-

manezcan en el castillo relacion ninguna con ella.

—Poco podrá ser;—contestó Mr. Marchand;—lo preciso para que nos preparen la casa en Madrid, donde nos trasladaremos inmediatamente.

—¿Dejaremos la sierra, padre mio?—preguntó Mercedes.

—Sí, hija mia, ¿lo sientes?

—Mucho: ¡son tan buenas estas pobres gentes y me quieren tanto!

—Conserva sus aficiones campesinas, y su cariño á los aldeanos; es natural;—exclamó Horacio.

—No hacerlo así sería no tener sentimientos nobles y yo me complazco en reconocerlos en mi querida hija;—exclamó Mme. Marchand.

—¡Es verdad!—añadió Virgilio;—y yo la prometo que cuando sea mi esposa estará aquí todo el tiempo que quiera; y á propósito, amigos míos, es preciso señalar la época en que haya de verificarse nuestro casamiento.

—Por mi parte cuando querais, — dijo Mr. Marchand.

—Si de algo vale mi opinion, lo aplazaría hasta que la educacion de Mercedes

esté terminada;—añadió Mme. Marchand.

—Por piedad, señora; no me condene V. á un suplicio tan atroz; es cruel hacernos esperar Dios sabe cuánto tiempo;—replicó Virgilio.

—Tiene razon mamá,—dijo Horacio,—no es digno entregar una campesina por esposa al opulento heredero de San Torcaz, futuro ministro, llamado á hacer un grande papel en la córte.

—Dijolo Blas, punto redondo,—murmuró amostazado Virgilio, dirigiendo á su amigo una mirada furiosa.

Este se echó á reir, complaciéndose en la impaciencia y el tormento del enamorado.

—Mira; si te burlas de mí te rompo un hueso,—esclamó en broma Virgilio; broma en la forma, que la intencion era seria.

—Tú no estas sin ellos, querido, y aunque te enfades me confirmo en mi opinion, y ruego á mis padres la tengan en cuenta. Mercedes debe ser digna de tí por su educacion, ya que lo es por sus sentimientos y por su familia.

—Aprobado, hijo mio; cuando tienes razon te la doy;—dijo Mr. Marchand.

—Me alegro estén Vds. de acuerdo con mi modo de pensar;—dijo Mme. Marchand;

—y en obsequio de los amantes, no puedo hacer otra cosa que consagrarme por completo á instruir á Mercedes, en todas aquellas cosas que yo pueda hacerlo; además la tomaremos profesores en Madrid para que me auxilién en la tarea y espero que no tardaremos mucho en ver brillantemente terminada nuestra obra.

—Obra de romanos;—murmuró Virgilio sério y taciturno.

Una mirada de reconvencion de Mercedes le hizo exclamar de nuevo:

—Aun cuando si por parte de la discípula hay tan buen deseo como bellas disposiciones, espero que no se prolongue mucho nuestro suplicio.

—El suyo querrá decir,—se atrevió á indicar Mercedes;—yo por mi parte estoy muy contenta con mis queridos padres, y anhelo recompensarles del largo tiempo que han estado separados de mí; además las manifestaciones de alegría y de regocijo no sientan bien con los negros ropajes, y cuando el alma siente profundo duelo por la reciente pérdida de una persona querida.

—Muy bien dicho; perfectamente,—esclamó Horacio entusiasmado;—aquí tienen Vds. á la campesina que nos dá á todos lec-

ciones de discrecion y de sentimiento. Dame un abrazo, hermana, dámele siquiera porque rabie Virgilio y se atreva á romperme un hueso como acaba de decir.

Horacio abrazó á Mercedes tiernamente, y Virgilio tomó el partido de reir, ya que de su seriedad no sacaba provecho ninguno.

—Nuestra hija apenas habla tres palabras, pero esas pocas que se escapan de sus lábios son perlas riquísimas de incomparable valor; no he visto en criatura inteligencia más clara, ni discrecion tan grande á su edad;—dijo Mme. Marchand á su esposo en voz baja: este manifestó con un signo su conformidad al aserto y preguntó en voz alta:

—¿Y qué ha empezado á estudiar Mercedes?

—Los primeros rudimentos; gramática, historia, geografia y francés: si apenas sabia leer y mal escribir;—contestó su madre.

—Y eso lo debe á su aplicacion y buen deseo;—dijo Virgilio.

—No; se lo debo á la maestra de Villacierzo, que como todos los vecinos ha sido muy buena para mí;—murmuró Mercedes.

—Siempre en su tema de atribuirlo todo á los demás, sin tomar nada para sí,—repuso Virgilio,—y el haber tenido disposi-

cion bastante para aprender lo que sabe en ménos de tres meses, tambien lo habrá hecho la maestra.

—¡Bah!.. No habéis de eso, porque ya se pone otra vez colorada,—dijo Horacio.

—¿Y cuándo es la marcha, Virgilio?—preguntó Mr. Marchand, variando de conversacion.

—Hemos convenido Horacio y yo en salir de aquí mañana temprano, estaremos en Madrid, apresurando el arreglo de la casa de Vds. para que se vayan cuanto antes, y les aseguro que tendré viva impaciencia por que salgan de Villacierzo, donde me figuro siempre á Clavellina espuesta á mil peligros.

—¡Ah! ¡Quién pudiera hacerme daño! La única persona que me quiere mal, no está en disposicion de esgrimir sus armas contra mí,—exclamó Mercedes.

—Pero puede estarlo dentro de poco, querida Clavellina, y perdona que te siga dando este poético nombre, pues él me recuerda el origen de mi felicidad.

Virgilio y Horacio se despidieron hasta la hora de la comida, que se hacia siempre en familia, y quedaron solos el matrimonio con su hija; ésta tambien se levantó y con el

permiso de sus padres pasó á su gabinete, que estaba contíguo al de su madre, para continuar estudiando sus lecciones.

Era quizá la primera vez que quedaron solos los dos esposos desde que tuvo lugar el inesperado encuentro de su adorada hija.

CAPÍTULO IX.

Mr: y Mme. Marchand.

Para conocer á fondo los *caractéres* y las causas de la separacion de los dos esposos, será preciso retroceder algunos años; pero no se asusten nuestras queridas lectoras, que pronto volveremos al punto de partida.

Mme. Marchand ó sea Mercedes del Rio, pues llevaba el mismo nombre que su hija, ingresó, siendo muy niña, en un colegio de Paris, á consecuencia de haber quedado huérfana de madre. Su padre era un poeta de mucho talento, pero poco conocido por su rara modestia y por su génio oscuro y melancólico, que le hacia preferir la soledad del campo al bullicio y la animacion de las grandes poblaciones. Tenia una pequeña, pero bellísima posesion, en uno de los más encantadores valles de Galicia, cerca del mar y allí al arrullo de las olas y mecida por las brisas y por las melodías de los pájaros can-

tores, nació la niña y se desarrolló, pasando sus primeros años, que fueron los más dulces de su vida, al lado de sus padres, sintiendo sobre su alma tiernísima y candorosa las caricias maternas y escuchando los sentidos versos del autor de sus días, que se complacía en recitarlos todas las noches en su tranquilo y apacible hogar.

Desde la cuna bebió la joven Mercedes el instinto poético, amó lo bello, y se despertó en su corazón el sentimiento purísimo del amor y los deliciosos sueños del poeta, que idealiza los acontecimientos más ásperos de la vida. Para ella todo eran flores, brisas y aromas. Las armonías de la naturaleza estaban impregnadas en su juvenil corazón, cuando sintió el primer dolor amargo y punzante, la muerte de su madre. Poco después, su padre que poseía una escasísima fortuna, aceptó el destino en una de las provincias ultramarinas con que le brindaba un amigo compañero de su infancia, y fué á tomar posesión después de haber dejado á su hija, único lazo que le retenía en el viejo mundo, en un colegio de París.

Mercedes, que poseía la inteligencia elevadísima de su padre, fué en pocos años una de las alumnas más brillantes de la pensión;

su afán de saber no tenía límites, abarcando las ciencias, las artes, los idiomas, todo cuanto puede adornar una señorita, siendo á la vuelta de pocos años una notabilidad de primer orden.

Veinte tendría muy escasos cuando recibió desolada la noticia del fallecimiento de su padre, por conducto del banquero correspondiente encargado de satisfacer la pensión de Mercedes y de atender á todos sus gastos, Mr. Marchand.

El dolor de la jóven al verse sola en el mundo, cuando abrigaba la esperanza de que terminada su educación, iría á reunirse con su padre, no tuvo límites; cayó enferma, y le fué forzoso abandonar la pensión para recobrar en el campo, variando de aires y de clima, la perdida salud física y reanimar su abatido espíritu más decaído cada día.

Una pintoresca posesión de Mr. Marchand situada en Burdeos, donde habitaba su familia, fué su refugio; allí la recibieron, con las mayores demostraciones de cariño, la esposa y los hijos del banquero, consagrándose todos con el más cuidadoso interés en cicatrizar aquella profunda llaga, haciéndola olvidar su horfandad con las dulzuras de

una sincera amistad y de un afecto verdadero, hijo de la simpatía más viva.

Luis y sus hermanas no la dejaban un momento, demostrándola por cuantos medios estaban á su alcance el cariño que á todos inspiraba por su carácter amable y bondadoso y por su inteligencia privilegiada que causaba asombro, pues no era fácil en tan corta edad y en una señorita, llegar á reunir la gran suma de conocimientos que atesoraba la jóven colegiala.

Luis, el hijo mayor de Mr. Marchand, la distinguió desde luego con un sentimiento más íntimo y dulce que el de la amistad. Su padre, que estaba muy anciano y achacoso, deseaba retirarse de los negocios, y no quería encargarse á su hijo de la casa de París hasta que tomase estado con una digna compañera, que le ayudase en los vastos asuntos de su casa.

Desde luego consideró toda la familia que ninguna mejor que Mercedes podría ocupar dignamente este puesto, y acordado así, empezó Luis las gestiones declarando á la jóven un amor que no sentía, pero que ella, sedienta de emociones purísimas, y anheloso su triste corazón de encontrar otro corazón amante en que apoyar el suyo, aceptó como

bueno. La moneda falsa pasó por verdadera; y con júbilo infinito por parte de toda la familia, que vieron realizado un buen negocio, se efectuó la boda; porque Mercedes no sólo era un buen partido por sus condiciones morales, y por su instrucción vastísima, sino una jóven muy rica que heredó de su padre una bonita fortuna.

La union de los jóvenes, como negocio comercial que tenía cuenta, se hizo al vapor, sin que apenas los dos esposos hubieran tenido tiempo de conocerse ni de amarse. Sin embargo, sedienta de ternura y de afectos de que había carecido siempre la jóven española, amó con delirio á Luis, y ser su esposa fué para ella la mayor de las alegrías. Luis tenía en la forma todas las bellas cualidades necesarias para agradar; era guapo, simpático, con ese barníz de buen tono que caracteriza á los hijos de las familias ricas de París; pero en el fondo ni su índole ni sus condiciones podían armonizar con las de su bella y espiritual esposa.

Educado por su padre entre los libros de caja y los paquetes de su industria, sólo conocía el tanto por ciento; todo lo que no fuera negocio que aumentase el haber en sus

libros le parecian fruslerías y pequeñeces indignas de su atencion.

A los pocos dias de la boda y despues de pasada la luna de miel en una posesion que tenian á la orilla del mar, se instaló la jóven pareja en París, al frente de un gran establecimiento industrial que hacia su comercio con las Indias. Luis dió inmediatamente destino á su bella y poética esposa, que aun soñaba con los idilios y madrigales que hiciera en el jardin de la pension. La puso al frente del escritorio para que llevase los libros y la correspondencia comercial. Allí, siempre entre guarismos y entre sacos de arroz y de bacalao, ¿debían secarse en el alma angelical de la jóven pensionista las fuentes de la poesia y del sentimiento? Imposible; estaba en su modo de ser, era una cualidad innata encarnada en su naturaleza.

Al principio tomó, si no con alegría, con resignacion, su importante cargo y le desempeñó á las mil maravillas, como el más hábil y diestro tenedor de libros, por lo que mereció los más entusiastas plácemes de su suegro y de su marido. Esto era bastante para ella, que amaba á Luis con toda su alma, y una caricia suya la animaba á proseguir en aquella espinosa senda. Por tenerle conten-

to hubiera hecho los mayores sacrificios, y viendo que su aplicacion le satisfacía en alto grado, continuó dedicando á la casa todo su tiempo y todas sus facultades. Pasaron dos años y nació el primer niño, que llevó el nombre de su abuelo Horacio. Esta fué la dicha completa para Mercedes. Pensó que ocupada en lactar á su pequeño ángel, su marido la dispensaría de su obligacion comercial, poniendo un dependienté en su lugar; pero se engañó la infeliz; ni aquella felicidad quiso permitirle el tirano; apenas nació el niño fué entregado en manos de una nodriza y se le envió al campo á criarse con los abuelos, mientras que la triste madre, anegada en amarguísimo llanto, pasó otra vez al despacho apenas estuvo restablecida.

La dureza, la severidad de Luis en aquella ocasion, hirieron su alma delicada y tierna de una manera cruel. Empezó á comprender que estaba unida á un saco de arroz, á un hombre sin alma, sin sentimientos de ningun género, no siendo la fiebre del dinero de que se hallaba poseido.

Era la dulce sensitiva enlazada al odioso jaramago.

Al verse separada de su hijo creyó morirse, y para procurar distraerse un poco, vol-

vió á sus ocupaciones favoritas, á las bellas artes; instaló en su aposento una bonita librería con las mejores obras modernas que se publicaban, y se dedicó algunos ratos á la música y á la pintura. Esto fué aprovechando una ausencia de su marido; pero apenas volvió este, mandó llenar aquellos aposentos, dedicados á la poesia y á las artes, de géneros ultramarinos.

—Olvida esas simplezas,—dijo á su mujer,—tú no necesitas más libros que los libros de caja.

—Es decir, que yo soy un dependiente más en tu casa,—se atrevió la infeliz á exclamar.

—Tú eres aquí el jefe, no un dependiente, la contestó con aspereza;—y por consecuencia la cabeza debe estar siempre en su lugar, al frente de todas.

Inútil era rebelarse, tenia por fuerza que soportar su yugo; ella tímida y dulce, él duro y altanero, ¿qué debia resultar?.. lo que resulta siempre en el matrimonio: triunfa la fuerza, y si ha de haber paz, uno tiene que ser la víctima y otro el tirano.

La pobre Mercedes bajó la cabeza y ahogando un profundo suspiro fué á hundirse en su ancho sillón detrás de su mesa de des-

pacho. A poco, Luis se embarcó para las Indias por asuntos de su comercio y Mercedes quedó al frente del establecimiento, desempeñando su cargo de jefe de la casa con tal maestría, que los asuntos marcharon perfectamente, y tan á gusto de los correspondientes y de los concurrentes habituales, que se hacían mil elogios de Mme. Marchand; afluían los extranjeros en gran escala, y ella con todos se entendía y á todos obsequiaba brindándoles con su mesa, como había visto hacer á su marido, cuando eran personas que podían dejar algún producto á la casa.

De tal manera prosperaron los negocios en los tres ó cuatro años que Luis estuvo ausente, que á su regreso se admiró de tan portentosa prosperidad. Mercedes, dueña de sí misma, parecía una reina en su trono; tenía con ella á su hijo y cultivaba las bellas artes; habiendo reunido en torno suyo algunas amigas de colegio y varios artistas de nombre, que amenizaban sus ratos de soledad haciéndole pasar ménos amargas las horas que estaba en el despacho. Con ejemplos probó á su marido que podía dedicarse al comercio y á las bellas artes, pues no eran incompatibles ambos extremos. Empero Luis, aferrado á sus rancias preocupacio-

nes, no estuvo conforme, como no lo estaba nunca con las ideas de su mujer, y pensó que si ocupándose de aquella frusleria aumentó la casa un cincuenta por ciento, consagrando á ella todos sus instantes hubiera aumentado un ciento por ciento. Con esta idea cerró su puerta y negó su mesa á los artistas y literatos amigos de Mercedes, diciendo que para nada hacía falta allí aquella turba de ganapanes que nunca tenían un céntimo, y volvió á encerrarla en el estrecho círculo de sus atribuciones.

Mercedes esta vez no pudo ya resistir aquel lujo de tiranía y tuvo sérios altercados con su marido, cayó enferma y se retiró á sus habitaciones, abandonando el despacho por completo. Algunos meses despues nació la niña que hemos conocido por Clavellina, criándose en Villacierzo, á la que pusieron el nombre de su madre Mercedes.

Con pretesto de su salud habiase retirado Mme. Marchand al campo; contra viento y marea, y á pesar de la oposicion y de los sérios disgustos que tuvo con su marido, se empeñó en lactar á la niña por si misma.

—No quiero ser más tenedor de libros, sujeta al yugo de un tirano,—exclamaba Mercedes en sus accesos de demencia,—quiero

ser la nodriza de mi hija, quiero embriagarme en los dulces sentimientos de mi alma.

Y desesperada, medio loca, se encerró en su resolución y no quiso volver á París en algunos meses. Luis, aconsejado por los médicos, aplacó un poco su rigor, y la dejó tranquila con su hija, hasta que se calmó por completo la escitacion nerviosa que puso en peligro su vida.

En aquella tregua de la política de resistencia del financiero creyó por fin Mercedes recobrada la paz de su matrimonio; pero no fué así. Nuevos y más graves motivos de disgustos la alteraron para siempre. Luis, en su viaje á la India inglesa, se trajo con él una jóven bayadera, de incomparable belleza, y la tenia en un hotel espléndido con todo el fausto de una reina.

Mercedes lo supo, adquirió de ello pruebas evidentes y acabó de extinguirse en su alma el amor que habia profesado á su marido. Con este motivo volvió á su casa de París, comprendiendo que sus hijos se iban á perjudicar muchísimo con aquel nuevo suceso, y quiso poner remedio, demostrando á su marido las fatales consecuencias que debian complicar las dificultades de su matrimonio.

Ya no se trataba del mútuo amor: en la primera infidelidad de uno de los cónyuges, falta la confianza, y donde no hay confianza no hay cariño, á menos que no medie el arrepentimiento y el perdon y se recobre una y otro; pero este caso no podía esperarse de Mr. Marchand que tenia una voluntad inquebrantable. Empero tenian hijos y el deber de una buena madre era velar por su fortuna; lo que hizo Mercedes tomando otra vez por su propia voluntad las riendas de la casa.

Esto era lo que Luis queria; que su mujer cuidase de los negocios y aumentase las rentas que él iba á derrochar con la bayadera: mas como todo tiene un término en este mundo, la paciencia de Mercedes le tuvo tambien; agotó el cáliz de la amargura hasta las heces, se vió privada de su hijo, que desde los brazos de sus abuelos pasó á la pension, y se vió desdeñada por su marido, el único hombre que habia amado, y que desconociendo las virtudes y el talento de su mujer, la despreciaba por lo mismo que era superior á él, y en ciertas naturalezas despóticas la superioridad de otro les irrita, y al considerarse inferiores, se complacen en desplegar todo su lujo de arbitrariedad y de tiranía.

A las reflexiones y á las lágrimas de Mercedes siempre contestaba: «aquí soy yo e-amo; ¡silencio!» y era inútil replicar.

En este estado se encontraban cuando desapareció la niña del jardín de las Tullerías, donde se paseaba todas las tardes con una doncella. Aquella niña, que era el único consuelo de la pobre madre, su felicidad en la tierra. ¡Qué dolor tan inmenso sentiría la desventurada con semejante pérdida! Y cuándo estaba á punto de volverse loca, su marido, sus suegros, y sus cuñados, lejos de participar de su pena y de mitigar con el cariño y la dulzura su dolor, se lanzaron sobre ella como tigres culpándola de aquella desgracia irreparable.

—Por tí,—la decia el marido furioso;—por haberte empeñado en criarla, desatendiendo tus obligaciones. Los niños no están bien en París, donde se ven espuestos á mil peligros; si la hubieras dejado con los abuelos como Horacio no lamentaríamos hoy su pérdida; tú tienes la culpa, tú, y toda la vida te lo echaré en rostro.

El exceso del dolor la tuvo á punto de perder la vida, y cuando conoció que las gestiones para buscar á la niña eran ineficaces y que no parecia, viéndose de contí-

nuo agobiada por los dicterios y malos tratamientos de su esposo, resolvió dejar la Francia, separándose para siempre del hombre que más que un esposo habia sido un tirano para ella.

Le llamó un dia y le indicó su resolucion de separarse amistosamente, pues que los trámites judiciales son interminables en estos casos.

Mr. Marchand, con su carácter duro y feroz, la tomó por la tremenda, y sin atender á razones la puso en la calle, diciéndola que fuese á buscar á la hija que se habia perdido por su culpa, que él no la necesitaba para nada.

Mercedes tenia en el convento de las Calatravas de Madrid una tia hermana de su madre, á la que ya habia escrito de antemano su resolucion, y estaba enterada de lo desgraciada que habia sido en su matrimonio. Inmediatamente corrió á refugiarse en sus brazos, buscando en la religion el consuelo que tanto necesitaba su ulcerado corazon.

Esta era la historia de aquel matrimonio, que se habian vuelto á ver por vez primera al encontrar en Villaciezo á su perdida hija, despues de trece años de separacion y de infinitos dolores y amarguras.

CAPÍTULO X.

La madre y los hijos.

Al verse Mme. Marchand sola con su esposo, cambió súbitamente su fisonomía, reflejándose en ella la frialdad y el hielo de su alma hácia aquel hombre que nunca habia sabido ni comprenderla ni amarla como se merecia. Dejó el asiento que á su lado ocupaba cerca de la mesa y fué á sentarse en un sillón inmediato á la reja; tomó un libro y se puso á leer como si estuviera sola.

Mr. Marchand sintió subir á su rostro una llamarada. Eran los primeros indicios de la cólera que empezaba á invadir su corazón.

Se levantó, y cruzándose de brazos, se colocó delante de su mujer en actitud interrogadora.

Esta continuó leyendo sin mirarle.

La tempestad conyugal se iniciaba.

Mr. Marchand, cuyo defecto era el orgullo y que no podía sufrir un desaire, cogió en un arranque de ira el libro en que leía Mme. Marchand y lo arrojó al jardín, volviendo á cruzarse de brazos con soberbio ademán, como diciendo: «Estando yo aquí se me atiende á mí solo.» Mme. Marchand, apoyándose negligentemente en su sillón, exclamó con su voz dulce y grave:

—¿Continúa V. en su eterno sistema de violencia? Mal medio es por cierto de hacerse perdonar los ultrajes pasados.

—¡Perdonar! Señora, ¿quién ha de perdonar á quién? Yo no tengo nada que hacerme perdonar.

—Ni yo tampoco,—contestó con calma Mme. Marchand.

—V. abandonó la casa de su marido, usted fué la primera en desobedecerle, en negarse á cumplir sus obligaciones.

—Desde que V. se convirtió de marido en tirano; desde que V. rompió el pacto conyugal, con una infidelidad probada y manifiesta de la que nunca se arrepintió, yo me creí dispensada de obedecerle, quise emanciparme desligándonos amistosamente de un contrato que nos hacía infelices, y V. me arrojó de su casa, y de tal manera

que se quedó con los bienes todos, que yo aporté al matrimonio, y con cuanto me pertenecía, sin que haya merecido jamás el menor socorro ni atención por su parte.

—¿Me ha reclamado V. cantidad alguna?

—Mi dignidad me lo impedía; además no era yo quién debía recordar á V. sus obligaciones;—dijo Mme. Marchand levantándose con ánimo de cortar la conversacion que se agriaba cada vez más.

—Veo, señora, con profunda pena, que despues de trece años estamos lo mismo que el primer dia;—exclamó Mr. Marchand.

—Exactamente; nuestro modo de ser no ha cambiado, por lo que juzgo muy conveniente la política del disimulo en esta ocasion hasta que nuestra hija sea la esposa de San Torcaz. Vivamos como amigos.

—¿Es decir, que se niega V. á una reconciliacion?

—La juzgo imposible; existe la misma incompatibilidad de caracteres; ¿á qué molestarnos?—murmuró Mme. Marchand levantándose la mano al corazon y con las lágrimas en los ojos.

—Pero V. sufre y llora;—exclamó Monsieur Marchand enternecido, acudiendo á

sostener á su mujer que vacilaba y tuvo que buscar apoyo en la mesa.

—No he dejado nunca de sufrir, ni de llorar la profunda soledad de mi corazón; pero sería ese mi destino y le acepté resignada.

Haciendo un esfuerzo supremo, contuvo su llanto: tendió la mano á su marido y dijo suspirando: En fin, ¿quiere V. que seamos amigos, por el amor de nuestros hijos?

—Amigos no esposos como siempre;—murmuró Mr. Marchand sin aceptar su mano, comprendiendo quizá por la primera vez de su vida cuánto valia la noble mujer que habia desdeñado.

—¡Luis! ¿y la bayadera?—gritó entre sollozos Mme. Marchand, descubriendo sólo con esta palabra la profunda herida de su corazón, que aún permanecía abierta despues de trece años.

—Nunca fué mi querida; era una huérfana que recogí por lástima, y me abandono por un príncipe ruso, haciéndome sufrir los mayores tormentos. Bien castigado estoy por esa parte.

—Pero su sombra estará siempre entre nosotros por más que V. niegue ó disfrace su culpa; cuando en un matrimonio falta la

confianza no es fácil volverla á recobrar: no persistamos Luis en una quimera, seamos amigos solamente, la amistad es benévola, dulce y cariñosa, y yo seré una buena amiga para el padre de mis hijos.

—¿De manera que resueltamente se niega V. á abrirme su corazón?—repitió con creciente cólera Mr. Marchand.

—¡Abrirle mi corazón! ¡Cuando el de V. ha estado siempre cerrado para mí! Luis, yo me siento ofendida; es más, ultrajada con su conducta; V. se ha creído en su derecho al tratarme así, ha considerado V. el matrimonio como un contrato en el que el marido lleva la mejor parte, más bien en el que el marido es el amo, la mujer la esclava, el marido tiene todos los derechos, la mujer todos los deberes, y en este concepto ha creído usar uno de ellos uniéndose á una bayadera, ú á otra por el estilo, derrochando el capital de sus hijos; y como la sociedad aplaude esos excesos en el hombre, usted ha creído sancionada su conducta por todo el mundo y pretende V. que yo la sancione también, volviendo á tomar sumisa mi cadena. ¿No es esto?

—Si tan por lo sério vamos á tomar las cosas,—exclamó Mr. Marchand confuso, sin

saber qué contestar á los argumentos de su mujer,—nunca nos entenderemos.

—Si lo que causa la felicidad ó la desgracia de nuestra vida entera, no se toma en sério no sé qué se tomará. Por mi parte debo declarar á V. que los sufrimientos y las amarguras que pasé á su lado, y que no he podido olvidar en trece años de soledad y de angustia, me inspiraron la resolucion de no volver á cobijarme bajo el techo conyugal. Provisionalmente acepto la hospitalidad, porque mis deberes de madre me lo imponen; pero una vez casada mi hija, estoy firmemente decidida á volverme al convento hasta el fin de mis dias.

—¿Es inmutable su resolucion?—preguntó con torvo ceño Mr. Marchand.

—Mucho habian de cambiar las cosas para que yo la alterase; es una resolucion hija de los desengaños y del conocimiento que tengo de su carácter.

—Está bien, señora; yo la respetaré; pero conste que entablé negociaciones de paz y se rechazaron.

Mordiéndose los labios de coraje, monsieur Marchand tomó el sombrero y salió.

El orgullo era el punto dominante en aquel carácter altanero y duro. No se doble-

gaba jamás, ni quería conocer su falta, pretendiendo que su mujer se humillase olvidándolo todo. Imposible; era muy grande el resentimiento y heridas tan profundas no se curan de esa manera.

Una sola palabra de cariño, una demanda de perdón, un signo cualquiera de arrepentimiento demostrado por él, hubiera bastado para que su mujer se arrojase en sus brazos dando al olvido lo pasado para abrir nuevos horizontes en el porvenir; pero nada de esto sucedió, altanero seco y rígido, como siempre, se creía en su derecho y la ofensa subsistía mientras no la borrara el perdón.

Mme. Marchand se dejó caer en el sillón y cubriéndose la cara con las manos prorumpió en desgarradores sollozos.

¡Pobre mujer! condenada á sentir el amor, á desearlo, á abrasarse en su inmensa sed sin encontrar ni un momento las inefables dulzuras que proporciona ese gratísimo afecto cuando es verdaderamente correspondido.

Mercedes salió con el libro en la mano, diciendo con infantil alegría:

— ¡Mamá! ¡mamá! ya me sé la lección.— Y se quedó parada contemplando el profundo dolor de la infeliz señora.

—¡Hija mia!—exclamó esta abriendo los brazos;—ven, dame cien besos, déjame embriagarme en los goces santos de tu cariño, ¡él es mi único consuelo, mi sola felicidad sobre la tierra!

La madre y la hija se confundieron en un estrechísimo abrazo; esta se sentó á los piés de aquella en una banqueta, y rodeándola con sus brazos secó con el calor de sus besos las abundantes lágrimas que marchitaban el rostro pálido, pero expresivo y triste de la pobre mártir.

Horacio entró en aquel momento á completar el cuadro, y sentándose sobre el brazo del sillón que ocupaba su madre, rodeó un brazo á su cuello y estrechando con el otro el de Mercedes, exclamó con cariñoso acento:

—Madre mia, mi querida hermana; reclamo mi parte en el banquete; yo tambien tengo sed de cariño, tengo hambre de besos y los hambrientos del corazón no se sacian nunca.

—Ya tienes á tu padre, él llenará tus deseos; dijo Mme. Marchand sonriendo mientras aun las lágrimas corrian por sus mejillas.

—¡Mi padre! El cariño de mi padre no

calienta mi alma como el tuyo; es frío y helado como el viento del Guadarrama.

—¿Pero tú le amas mucho, verdad?—insistió su madre.

—Le respeto y le quiero como el autor de mis días; amar... solamente á ti, pobre madre mia, que necesitas el rocío bendito del amor de tus hijos para cicatrizar las llagas de tu alma.

—¿Y tú que sabes si en las discordias domésticas que nos tienen separados tengo razon yo ó la tiene tu padre?

—Cuando niño no lo sabia; hoy que soy hombre, que tengo ideas propias y raciocinio bastante para conocer las cosas y para penetrar en el corazon humano, descubriendo sus más recónditos secretos, he visto dónde está la razon y dónde está la culpa. No temas, pues, querida mamá, el fallo de tus hijos; á tu lado nos tienes; sea nuestro amor tu poderoso escudo.

—Sí, madre del alma,—añadió Mercedes; —yo nada sé de vuestras querellas, pero mi corazon es tuyo; creo ciegamente á mi hermano y le sigo en sus apreciaciones; aquí, pues, estamos contigo; nunca te abandonaremos, y somos dos para enjugar tus lágrimas, para hacerte feliz, y si es necesario

para tu dicha que yo renuncie á mi boda con Virgilio, renunciaré, madre mia, no lo dudes; quiero estar á tu lado y consagrarte todos los instantes de mi existencia.

Nuevas lágrimas, pero no ya de dolor sino de alegría, inundaron el rostro de Mme. Marchand; confundiéronse los tres en un abrazo, y cuando aquel diluvio de caricias hubo satisfecho sus corazones, dejándolos llenos de esa emoción bienhechora y dulcísima que resulta del amor cumplido, del afecto puro y santo llevado á su colmo, exclamó con voz grave:

—Queridos hijos míos, vosotros vais á ser mis jueces; ante el tribunal de vuestra rectitud pongo mi causa; no digo ante el tribunal de vuestro amor que tan abundantemente me habeis demostrado, porque apelo á la imparcialidad de vuestro juicio, dejando á un lado la ternura del corazón.

—Pues el fallo debes conocerle de antemano,—dijo Horacio;—acabamos de pronunciarle.

—Bien; pero ignorais que vuestro padre, hace un momento, me ha hecho proposiciones de paz; quiere la reconciliación.

—¿Y de qué modo?—preguntó Horacio.

—Sin condiciones; le tendí la mano de

amigos y no la aceptó; desea que la esclava se someta humilde á su yugo.

—¿Y confiesa sus culpas?

—Eso jamás; dice que la bayadera fué una huérfana hija de un rey de la India que recogió por lástima y que le ha sido ingrata; pero reconocerse culpable, eso nunca.

—El que no tiene propósito de la enmienda, ni confiesa, ni solicita el perdón; con que, madre mia, mi opinion es que no te sometas al tirano, que volverá á emplear su látigo contra tí; para defenderte y amarte bastamos tus hijos,—dijo Horacio.

—Sí, sí, siempre estaremos contigo,—añadió Mercedes.

—Yo no puedo aceptar el sacrificio que quieres imponerte por mi amor, hija mia; tú amas á Virgilio y el amor es la vida; amaos, pues, y sed esposos, esa es mi mayor ventura.

—Yo no quisiera dejarte.

—Estaré siempre á tu lado, y además si permaneces soltera y tu padre, llevando las cosas al extremo, entabla una demanda de divorcio, tendrias que irte con él y abandonarme, esa es la ley.

—Pues vaya unas leyes; ¡qué bonitas!.. abandonar á mi madre de mi alma, que es

una santa, para irme á la casa de mi padre, donde veré cosas que no estén conformes con mi gusto, ni con mis ideas, eso jamás; —exclamó ingénuamente Mercedes.

—Bajo ese punto de vista es necesario acelerar tu casamiento con Virgilio, —dijo Horacio.

—Infórmale primero de nuestras cuestiones, que no entre engañado en nuestra familia; eso es lo justo y lo equitativo.

—Eso corre de mi cuenta, y vive segura de que tendrás en él un defensor más; es un corazon bellissimo, un espíritu recto y franco, y no puede nunca aprobar la conducta de mi padre; —añadió Horacio.

—¿Y tú tienes la seguridad de que ama á tu hermana y la hará feliz?

—Eso sin ningun género de duda; hace mucho tiempo que estudio su carácter y su corazon, y conozco el género de la pasion inmensa que invade su sér; él no se casa por conveniencia y por cálculo como mi padre contigo, se casa por amor, pero amor del alma, y si Mercedes le corresponde del mismo modo, yo no dudo de que su matrimonio sea un cielo sin nubes.

—¿Le amas tú, hija mia? Interroga tu corazon y no te engañes; esas son las condi-

ciones del contrato, amarse igualmente por ambas partes; cuando uno afloja, el equilibrio se pierde y se acaba la armonia ¡Ay! ¡Tengo tan dolorosa experiencia de esas cosas!

—Si amar es no olvidar un momento, yo le tengo presente hasta en mis sueños; si es amor sentir al verlo una sensacion deliciosa de placer, yo la siento; si es amor consagrarle todos los latidos del corazon, yo se los consagro, madre mia;—murmuró Mercedes ruborizándose, como si esta confesion angelical la hubiera avergonzado. Luego alzando los ojos continuó:—Pero comprendo en mi alma como dos manantiales distintos de ternura; no tengais celos de este amor, madre adorada, ni tú querido hermano, porque independientemente uno de otro afecto, os amo á vosotros del mismo modo, quizá más, pues por mi madre haria todos los sacrificios imaginables, y por Virgilio nó; por él, solo aquellos compatibles con la dignidad y con el honor.

—Gracias, ángel mio; el Señor ha querido recompensar mi desventura, dándome dos ángeles por hijos... ¡bendito sea!—exclamó Mme. Marchand, elevando al cielo sus manos y sus ojos en actitud de gracias.

—Esta niña no necesita para casarse esa

instruccion que tú deseas,—dijo Horacio á su madre,—lleva en su alma la intuicion del bien; aunque criada en los riscos con las palomas torcaces, su corazon es un tesoro, y sn celestial instinto no la engaña nunca; entreguémosela á Virgilio conforme ella es, le damos un ángel, que él forme la mujer á su gusto.

—¿Tal crees?—preguntó Mme. Marchand.

—Si, madre mia; eso es lo que Virgilio desea, y en su nombre vine comisionado para decíroslo, él no quiere que la enseñeis nada, la ama tal como es y sólo desea ser su esposo; por otra parte, papá debe hacer un largo viaje y conviene que esta cuestion quede resuelta.

En este momento se presentó Virgilio en la estancia.

—Estoy abogando por tus intereses, querido amigo,—le dijo Horacio.

—Y de tal manera que tiene ganada su causa,—añadió Mme. Marchand.

—¡Ah! pues vengan esas manos y cuenten con mi eterna gratitud,—exclamó Virgilio.

La satisfaccion más pura y la mayor alegría se retrató en el semblante de todos, quedando resuelto que se celebraria la boda inmediatamente.

CAPITULO XI.

La enferma.

Cuando en las altas horas de la noche todos en el castillo se hallaban entregados á un profundo y apacible sueño, Inés sola en su cuarto, velaba entregándose á las más desconsoladoras reflexiones. Postrada hacía más de un mes en el lecho del dolor, aguardaba con ánsia el momento de arrancar de su rostro los vendajes que la cubrían casi por completo, dejando sólo al descubierto sus ojos fosforescentes, que brillaban en la oscuridad como relámpagos en noche tempestuosa.

Tendió la vista en torno suyo y no vió á nadie; la lámpara, próxima á apagarse, estaba dando sus últimos reflejos, quedando el aposento con una luz tan triste y opaca, que imponía á Inés, cuyo ánimo medroso se asustaba de todo, y por doquiera se figuraba ver sombras y fantásticos espectros.

Se incorporó con trabajo en el lecho, y sintiendo una sed abrasadora, tomó un vaso que estaba al alcance de su mano en la mesa de noche y bebió con ansia hasta apurar todo su contenido.

El reloj del castillo dió en aquel momento con lenta y sonora vibracion tres campanadas, precedidas de las cuatro que marcaban la hora.

—¡Las tres!—murmuró Inés,—las tres ya y aun no he podido conciliar el sueño. Y estoy sola, me dejan aquí abandonada como á un perro rabioso; es verdad que sufro, y el estado de mis nervios se altera, causándome arrebatos que no soy dueña de contener; arrebatos que asustan á las doncellas y huyen de mí. ¡Ah! ¡pero Lucía! ¡Lucía! á la que he colmado de regalos, ¿por qué no viene? ¡Lucía! Lucía! —gritaba la enferma, exasperándose cada vez más;—nadie, no me responden ni me atienden, soy una pobre mujer despreciada de todos.

Al decir esto dobló la cabeza sobre el pecho, quedándose un rato abstraída en profunda meditacion. Instantes despues exhalando un suspiro volvió á esclamar:—¡Ah! ¡qué diferencia de la viuda á la esposa! Cuando Javier vivia, todos me respetaban, me

querian, adivinaban mis deseos para satisfacerlos al momento; y ahora me muero y nadie, ni aun por caridad, me auxilia. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué horrible tormento! ¡Y esas sombras..... esas sombras que siempre me persiguen..... ¡huid! ¡huid! dejadme; son implacables... ¡Lucía! ¡Lucía, ven! ¡Lucía!—Y volvía con gritos roncós á llamar á la doncella.

Nadie se presentaba, ni á sus voces, ni al nervioso repiqueteo de la campanilla. Inés se quedó con el cordon en la mano; ya ni el recurso de hacer ruido para espantar su miedo, la quedaba.

La lámpara despidió su postrer fulgor, apagándose por completo. La infeliz Inés exhaló un grito de terror y se tapó la cabeza con las ropas de la cama.

Al amanecer entró la mujer que la asistía y la encontró desmayada. Corrió á avisar á Patricio: pero este, que aun se hallaba en la cama, la dijo:

—Déjala, así no padece, ya volverá en sí, que esos sincopes la suelen dar con frecuencia.

—¡Ay! señor Patricio, si parece que se vá á morir.

—¡Quia! ¡morir! tiene muchos pecados

que expiar en este mundo: no se muere, no; —exclamó el anciano volviéndose del otro lado para conciliar el sueño nuevamente.

La enfermera volvió al cuarto de Doña Inés y ya la encontró con los ojos abiertos y sentada en la cama.

—¡Jesus! ¡qué susto me ha dado V.! la ví sin sentido, con la boca abierta, y creía llegada su última hora.

—¡Ojalá! —murmuró Inés.

—Me fui corriendo á llamar á Patricio, pero el muy socarron se volvió del otro lado; maldito si en esta casa hace nadie caso de V., y si no fuera por mí...

—Pues V. no está muy diligente que digamos; toda la noche he estado llamando. Vea V., estoy ronca de gritar, y hasta el cordon de la campanilla se ha roto, sin que nadie acudiese.

—Ya vé V., tambien tenemos que dormir; no es una de piedra, y bastante hago con estar aquí todo el dia escuchando sus impertinencias.

—¡Ay, pobre de mí! ¿Dónde está Lucía?

—Al sol que más calienta; ahora todas las doncellas se despepitan por servir á Clavellina; esa real moza, ¡Dios la béndiga! que se casa con el señorito Virgilio; á ella y

á su madre todo el mundo las quiere; pero á V... vamos, yo no me esplico este cambio de las gentes; crea V. que todo el mundo la aborrece de muerte.

—¡Qué tormento! ¿Y he de oír la lengua infernal de esta mujer que han puesto á mi lado para que duplique mi martirio?—murmuraba Inés.—¡Ah! Vaya V., váyase de aquí, no quiero oirla; mis criados no pronuncian una palabra en mi presencia.

—¡Marcharme! ¡Quiá! Eso sí que nó: aquí estoy para guardar á V. por órden del señor Patricio y sin su permiso no me muevo.

Con el mayor descaro la horrible enfermera, que era una vieja desgñada y áspera como un cardo, fué á tenderse en un divan de raso color de cereza.

—Hasta las heces he dé agotar la copa de la amargura,—exclamó Inés, cruzándose las manos sobre el pecho y doblando la cabeza como vencida por el peso de un dolor insoportable.

Así pasó una hora; la vieja se durmió y roncaba como un energúmeno, cuando fué á despertarla una criada para que bajase á almorzar.

—¿Y no traes el chocolate para la señora?—preguntó la enfermera frotándose los ojos.

—No se ha hecho todavía; cuando almorcemos nosotros se le hará. Vamos, véngase usted, ahora parece que está dormida; cerraremos la puerta no se nos escape y nos dé un susto, porque de estas locas hay poco que fiar.

Las dos mujeres salieron, echando la llave á la puerta. Inés, que no dormía, lo oyó todo, siendo cada palabra un dardo agudo para su corazón. Ella, tan orgullosa, tan altiva, tan aficionada á guardar las fórmulas de la etiqueta y verse menospreciada por criadas groseras, que la trataban sin el menor respeto. ¡Ah, qué castigo tan grande y cuán merecido!

Ya serian las ocho ó las nueve de la mañana cuando la llevaron el desayuno, no en servicio del Japon ó de Sévres como antiguamente, sino en loza blanca y lisa como la que usaban los criados: las distinciones se acabaron para ella con la muerte del que, adorándola con la mayor ternura, la colmó de agasajos y de obsequios que no supo agradecer.

Apenas probó el alimento; agua, agua clara era lo que ansiaba y lo único que tomaba con gusto.

—Vamos, anímese V. y coma para po-

nerse buena. ¡Pues está poco rico el chocolate! y con vizcochos; vaya, ¡si los tuviera yo todos los días! El médico ha dicho que ya puede V. tomar un poco de sopa y gallina; si no la gusta á V. el chocolate la traeré un alon ó un ensopado, lo que usted quiera.

—Muy amable se ha vuelto V. de repente. ¿Qué mosca le ha picado?

—Mire Vd., Doña Inés; si la he de hablar con franqueza, la diré que la señorita Clavellina me ha preguntado por Vd., encargándome mucho que la cuide con esmero y que la trate con respeto.

—¡Ella!... ¡Dios mío!... ¡Qué amarga expiacion!...

—Sí, señora, sí; ella misma; cuando estábamos almorzando fué su doncella, esa jóven francesa que vino con Mme. Marchand, á decirme que pasase á su cuarto; fui, y era para enterarse minuciosamente la madre y la hija del estado de Vd.

—¡Cuánta bondad!—murmuró Inés, con acento irónico. ¿Y qué las importa?

—Ya vé Vd. ¡Por caridad!... ¡Son tan buenas!... Clavellina siempre fué un ángel; así la queríamos en el pueblo todo el mundo; pero, calla, ¿se pone Vd. mala? Beba un poco de agua fresca...

—No es nada; déjeme Vd. en paz con su importuna charla.

Tan pronto se sentía acometida de dolor, como de ira; en aquella naturaleza rebelde luchaban con encarnizamiento las malas pasiones.

De repente, cuando la mujer se alejaba, la vuelve á llamar:

—Y diga Vd., —la preguntó; —¿estará muy contenta?

—¿Quién, señora?...

—¡Ella!...

—Pero, ¿quién es ella? ¿Mme. Marchand ó la señorita Clavellina? Yo no me acierto á llamarla de otro modo.

—Sí, sí; ella... esa gitana... ¿Qué gozo tendrá al ser la esposa del señor de Santorcáz!...

—No se la conoce; más bien están tristes las dos, y sin embargo, creo que la boda es mañana; pero no hay fiesta ninguna, ni convidados; únicamente la familia; ya se vé, ¡como están de luto por D. Javier!...

—¡Por D. Javier!... ¡Ah!... ¡Pobre marido mio!...

De los ojos de Inés no brotaba una lágrima; pero el estremecimiento nervioso que agitó su cuerpo demostraba que en su